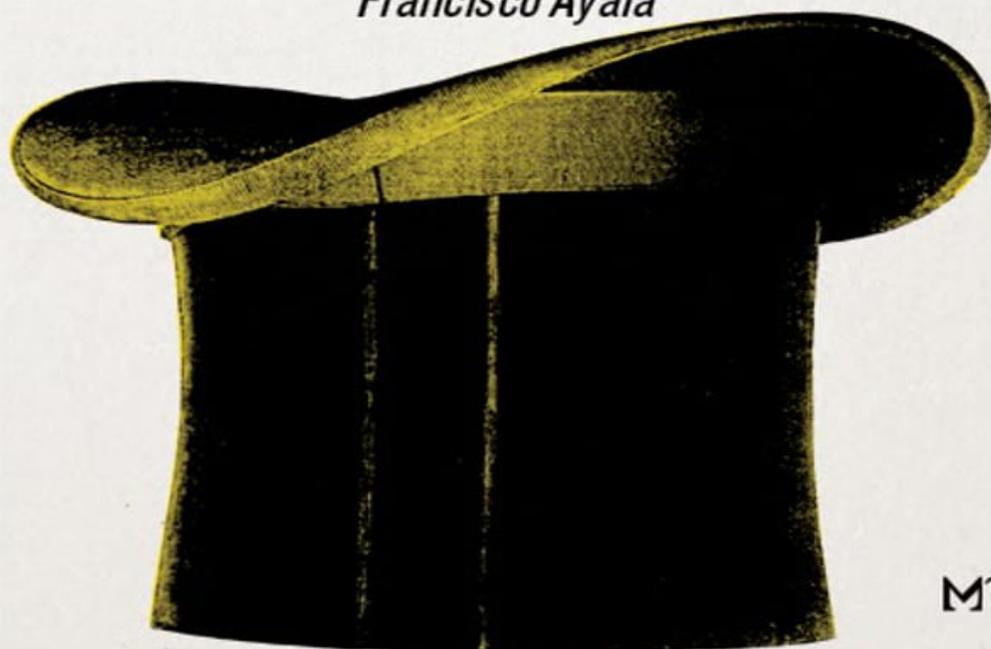




LA BOFETADA DE GILDA

KIKE CHERTA

*II Premio de Narrativa
Francisco Ayala*



MUSCA
& LOS **9**

LA BOFETADA DE GILDA

KIKE CHERTA



ISBN: 978-84-15222-26-2

© Enrique Cherta Ferreres

© de esta edición: Musa a las 9, S. L., 2014

Diseño de cubierta: Mar López Fernández

www.musaalas9.es

La bofetada de Gilda ha sido galardonado con el II Premio de Narrativa Francisco Ayala. El jurado, presidido por D. José María Merino, y compuesto por D. Luisgé Martín, D. Rafael Juárez (Fundación Francisco Ayala), D. Jesús Lens (Obra Social Caja Granada) y Dña. Beatriz Rodríguez Delgado (Musa a las 9) falló el certamen en diciembre de 2013 en la ciudad de Granada.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento

LA BOFETADA DE GILDA

A ABRAHAM LINCOLN le gusta mucho escribir pero también, y sobre todo, le gusta mucho follar.

Abraham Lincoln está bailando con una domadora de circo. En este preciso instante arranca *A quién le importa*, de Alaska y Dinarama, y la domadora de circo se retuerce como una serpiente de cascabel. Las caderas enfundadas en medias de rejilla se le redondean con cada golpe de música. En la barra, un grupo de piratas y dos abominables hombres de las nieves finiquitan una ronda de chupitos. En el *podium*, una Catwoman de quince años exhibe su cuero negro y sus costillas flacas. D'Artagnan y un gondolero veneciano discuten por ver quién paga. En el local flota un calor pegajoso. Nube de colores que se adhiere al techo y cae, gota a gota, sobre los asfixiados bailarines. Todo el mundo se lo está pasando en grande.

La domadora de circo rodea con su látigo la cintura de Abraham Lincoln. Ambos saltan al compás. Fijan sus ojos en los ojos del otro «a quién le importa lo que yo haga, a quién le importa lo que yo diga». Ahí donde lo ven, Abraham Lincoln sueña con ser algún día un referente de las letras hispanas. Sus domingos los dedica a reescribir relatos adolescentes. El pobre se siente diminuto ante la vastedad de la literatura universal. Miles de autores de cientos de nacionalidades distintas que llevan incontables años diciendo lo que el joven Abraham Lincoln quiere decir, pero dotándolo de un sentido pulidísimo, que a él se le escapa una y otra vez.

¿Cómo ser riguroso sin ser aburrido?, se pregunta frente al teclado de su ordenador. ¿Cómo ser profundo y no provocar sólo eco vacío? Abraham Lincoln no lo sabe. Durante sus largos viajes en metro, Abraham Lincoln cierra los ojos y sueña con el momento en que de sus dedos surjan palabras que rezumen verdad, en lugar de meros fuegos de artificio. Se recuerda una y

otra vez: «sobre todo, no jugar, odio los juegos». Eso lo escribió Carver hace mucho tiempo. Abraham Lincoln lo sabe porque lo ha leído en un blog de Internet. Virgen santa, qué difícil es ser escritor.

Por supuesto, la domadora de circo conoce bien todas esas manías de escritorzuelo torpe. Como es una chica lista, no les da ninguna importancia. Abraham Lincoln y la domadora de circo son follamigos. Ser follamigos no es fácil. El concepto follamigo se basa en que dos seres humanos, de órganos sexuales complementarios o no, deciden que son lo bastante maduros como para morderse el cuello, palmearse las nalgas y dejarse marcas de arañazos en la espalda, todo sin que de por medio se mezclen los siempre complicados sentimientos. Normalmente, ambos se engañan. Normalmente, uno está contento con la situación y el otro, por el contrario, se pasa las noches acariciando el gotelé de su cuarto, añorando el hombro del follamigo que no es follamado.

En este caso, Abraham Lincoln y la domadora de circo se han acostado un total de dieciséis veces a lo largo de siete meses. Para completar la cuenta, conviene añadir que la domadora de circo ha movido negativamente la cabeza, siempre enfrente de su portal, un total de nueve veces. Por último, Abraham Lincoln ha dicho «no, hoy no puedo, no estoy de humor, no insistas» un total de dos veces. Las dos veces mentía, por supuesto. Pero existe un consenso general que asegura que, para enamorar a una chica, lo mejor es hacerse de rogar de vez en cuando. Una madrugada, después de subirse borrachos a un tobogán, la domadora de circo le miró muy seria y le dijo: «Nuestros besos son intermitentes».

Alaska da paso a los Bee Gees. Es un cambio de ritmo suicida. De esos que sólo pueden encontrarse en las salas de fiesta de extrarradio, donde no existe el buen gusto ni tampoco la moderación ni mucho menos la vergüenza y, por tanto, todo es sublime. Suena, pues, *Stayin' Alive* en toda su gloria de purpurina. Abraham Lincoln y la domadora de circo enloquecen. Ella se lleva las manos a la cabeza y juega con su melena. Cierra los ojos y bambolea sus medias de rejilla ahora a la izquierda, ahora a la derecha. Abraham Lincoln improvisa, sin siquiera saberlo, un paso de charlestón perfecto. Y, entonces, a lo lejos, justo al lado de un preso que magrea a Caperucita Roja, Abraham Lincoln descubre a una *geisha*.

La *geisha* parece inmune a los Bee Gees. Tan sólo se apoya en la barra y

sostiene un *gin-tonic* con elegancia oriental. Su cadera tiembla ligeramente al compás de la música. Se trata de un movimiento sutil, perceptible sólo en su no-ser. Un movimiento que transmite más quietud que la quietud misma. Una levedad rotundísima. La misma rotundidad leve que Abraham Lincoln percibe en los escritores que no son él. Ese modo casual en que dos verbos transitivos se complementan. La forma en que cuatro palabras mundanas se unen de pronto y, como quien no quiere la cosa, resumen de un plumazo una infancia de abandono y vergüenzas. Es toda una paradoja: la sencillez más humilde produciendo una contundencia implacable. Algo así como la bofetada que Rita Hayworth le arrea a Glenn Ford en *Gilda*, y que Glenn le devuelve al momento. Sólo plas y ya está, todo queda dicho.

Life going nowhere, somebody help me, somebody help me, yeah, stayin' alive. Eso dicen los Bee Gees, y a Abraham Lincoln, que no sabe demasiado inglés, el estribillo le suena a profecía. Poco a poco va dejando de bailar. Los ojos clavados en aquella aparición del Lejano Oriente. La *geisha* viste una bata adornada con grullas y letras japonesas. Dado que la tela le cubre la carne concienzudamente, Abraham Lincoln imagina, más que ve, sus curvas microscópicas. Pelo oscuro recogido en un moño. Cara pintada de blanco. Labios rojos como un haraquiri.

Cada no-movimiento del baile de la *geisha* le transmite a Abraham Lincoln lo que él reconoce como una gran verdad. Mirándola, le parece ver muchas cosas. Le parece ver, por ejemplo, a una ballena blanca asomando retadora en el horizonte, a un jugador ruso que no puede dejar de ser jugador, a una muchacha enferma de nenúfares, a los tártaros que nunca se deciden a atacar, se le aparece un viejo solo en un bote batallando contra un pez descomunal, oye la música agria de un perseguidor saxofonista, se escurre furtivamente en un carruaje con las cortinas cerradas, donde una mujer casada fornicaba mientras recorre las avenidas de Rouen; hay también un exmilitar que piensa en suicidarse mientras juega a aguadillas con una niña, en un calabozo un conde trama su venganza, un pirata sin pierna canta sobre el cofre del muerto, y, además, ¿qué tengo en mis bolsillos?, no quiero saber pero he sabido, vive rectamente, muere, muere, he sido cordialmente invitado a formar parte del realismo visceral, preferiría no hacerlo, ¿lo creerás, Ariadna?, el minotauro apenas se defendió. Todo eso ve Abraham Lincoln en aquel culo oriental que ni siquiera llega a oscilar. Paradoja de rotundidad levísima. La

bofetada de Gilda hecha nalga.

Abraham Lincoln se quita el sombrero y se pasa una mano por la frente. Sus ojos despueblan el local de Robin Hoods, cebras y vikingos. Dejan sólo una barra, un *gin-tonic* y una *geisha*. Con calma, Abraham Lincoln elabora un pensamiento. Es un pensamiento bastante intrincado, ajeno a la noche y el alcohol. Palabra a palabra, Abraham Lincoln piensa: en medio de este marasmo de piruetas y cubatas derramados, ella es una flor de loto meciéndose sobre las aguas inclementes de un *tsunami*.

La *geisha* bebe, entonces, de su *gin-tonic* y se le queda mirando por encima del vaso. Le descubre observándola como el presidente visionario que es. Con su sombrero de copa altísimo en la mano y su barba de padre de la patria. La *geisha* se acoda en la barra. No aparta los ojos.

Al instante, acción-reacción, a Abraham Lincoln se le viene a la cabeza una historia.

Para ser más exactos, un relato corto.

Éste se le aparece entero: planteamiento, nudo y desenlace. Es un relato sencillo. Sin argumentos rocambolescos ni *macguffinsretorcidos*. Se trata, simplemente, de una historia honesta. Un relato que, del modo más espontáneo, habla de aquello que es realmente importante. Un relato infinitamente mejor que todo lo que Abraham Lincoln ha escrito con anterioridad.

Un látigo se agita ahora frente a la barba de Abraham Lincoln. Es la domadora de circo reclamando su atención. En su carita de niña devorahombres, una mueca de disgusto. Le pregunta «¿estás bien?». Como respuesta, Abraham Lincoln pestañea varias veces. La domadora de circo vuelve la cabeza intentando descubrir qué es lo que ha secuestrado la atención del líder del mundo libre, pero no distingue nada entre la marea que les rodea. Todo son narices de payaso, monóculos, antifaces, boas de cabaretera, máscaras de V de Vendetta.

Abraham Lincoln no oye el reproche de la domadora de circo. Sin respiración, contempla cómo la *geisha* termina su *gin-tonic*. Un hombre de cromañón se les cruza y, como por arte de magia, el vaso ha desaparecido de su mano finísima. Ella le observa como si viera nevar sobre su jardincito japonés. Casi con un punto de fastidio. Poco a poco, Abraham Lincoln siente cómo se le va formando ese relato corto más grande que su talento. Las palabras van cayendo dentro de él y se colocan obedientemente en su sitio.

Primero, llega el título, tan rotundo como humilde. Al momento, le sigue una primera frase juguetona. En seguida, una segunda que recoge las semillas que la primera sembró. Y así.

Él la mira y ella le mira a él, y de este modo es como el relato se va creando.

Entonces, de pronto, la *geisha* abandona la barra y se pierde entre la gente.

Abraham Lincoln sufre un ataque de pánico. De algún modo, se las apaña para articular una excusa frente a la domadora de circo. No es fácil, porque la domadora de circo sabe mirarle de un modo desarmante y Abraham Lincoln no está acostumbrado a mentir, y sí a que le mientan. No me encuentro bien un poco de aire momento te preocupes vuelvo. Eso balbucea antes de zambullirse en la pista de baile. El presidente más sabio de la historia de Estados Unidos aparta a la multitud como un heroinómano moribundo. Suena entonces *Billie Jean*, de Michael Jackson. Por lo visto, al DJ le gusta seguir uno a uno todos los tópicos de los ochenta. Abraham Lincoln tropieza con Al Capone, aparta a una tortuga ninja, derrama sin querer el cubata de una diablesa con sobrepeso. Da vueltas en círculo. Desesperación. Cuando ya cree que definitivamente la ha perdido, la descubre esperando junto a la puerta del baño. Simplemente, la *geisha* baila su baile estático y le observa fijamente.

Es como si flotara por encima de toda esta decadencia de garrafón. Eso piensa Abraham Lincoln, inmóvil entre una marea de danzantes. Y luego piensa: La literatura es un fósforo que uno enciende en mitad de la noche, en mitad de un campo. En realidad no ilumina nada, lo único que permite es ver mejor cuánta oscuridad hay alrededor. Ésa es sin duda una gran reflexión, que esconde una sabia certeza, pero no es suya. La escribió William Faulkner hace setenta y un años. Abraham Lincoln no es consciente de haberlo leído nunca. La verdad es que es incluso posible que no lo haya hecho. Sucede que, ahora que vuelve a ver a su *geisha*, Abraham Lincoln recibe el aliento de todos los maestros muertos. Éstos le hinchan como un globo, para que vuele más alto.

En su cabeza, el relato ha llegado ya a su segundo punto de giro.

Las piezas están dispuestas y es hora de comenzar a jugar en serio.

Una bailaora de flamenco sale del baño y la *geisha* sujeta la puerta. Sin dejar de mirar a Abraham Lincoln, se desliza en el cuarto de baño. Lo hace a cámara lenta: primero, desaparece una oreja, luego, un ojo maquillado, mucho después, el puente de la nariz, trescientos millones de años después, el otro

ojo, que chispea como el sol sobre el monte Fuji. La puerta se cierra sin dar un portazo.

El presidente se dirige hacia allí. Es increíble a qué velocidad las teclas de su cabeza marcan primero una letra y luego otra y luego otra y luego otra. Agarra el pomo de la puerta. Efectivamente, está abierta. Abraham Lincoln apenas se lo puede creer. Está tan poco acostumbrado a ese tipo de escarceos fugaces, que apenas si es capaz de comprender qué significa, qué va a pasar a continuación. Antes de entrar, busca con la mirada a su follamiga. La encuentra perdida entre un Spiderman y dos Mata Haris, buscándole. Retiene su expresión confusa, descreída, y la incorpora a su relato. Las mejores historias, se dice, son las que parten de las experiencias del escritor para luego pasar por el modista y vestirse con el disfraz adecuado. Cuanto más profunda sea una verdad (eso lo sabe ahora Abraham Lincoln), más elaborado deberá ser el disfraz. Sólo así resultará creíble. Es otra paradoja de la literatura: en el momento en que el lector percibe la existencia del antifaz, comprende también que debajo hay una verdad, y se esfuerza, entonces, por descifrarla. Nunca sabrá qué es cierto del todo y qué no, pero no le cabrá la más mínima duda de que *algo* sí es real. Abraham Lincoln abre la puerta y se escurre dentro.

El cuarto de baño es pequeño, minúsculo incluso. Un espejo agrietado. Un váter repulsivo. Una papelera. Una bombilla que cuelga de su cable pelado. Abraham Lincoln y la *geisha*. No hay nada más. Entre cualquiera de esos elementos, un máximo de veinte centímetros de distancia. Huele a orín y el suelo está enfangado de cubatas. Los azulejos de las cuatro paredes garabateados con números de teléfono, frases procaces, penes, tetas, uno o dos corazones ensartados por una flecha. De fondo, Michael Jackson reverbera contra la puerta.

Encogida sobre el lavabo, la *geisha* aspira ruidosamente. Luego le pasa el billete enrollado a Abraham Lincoln. Éste se agacha sobre un espejo de maquillaje y aspira también. Siente cómo la boca se le llena de limones. Al levantarse, descubre a la *geisha* muy cerca, valorándole con su eterna expresión de hastío. Hasta ese momento, no se había percatado de lo flacucha y poca cosa que es. Con un dedo, la *geisha* se señala el rostro y roza la pintura blanca que le cubre la piel.

Dice: «Ni se te ocurra darme un beso».

Y, luego, estira la mano y agarra la bragueta del padre de la patria.

Mientras Abraham Lincoln se deja tocar, en su cabeza el relato se va escribiendo. La historia es, efectivamente, muy simple y se va simplificando más a medida que toma forma.

Mientras la *geisha* muerde su hombro (un mordisco mucho más fuerte de lo que la domadora de circo jamás se habría permitido), Abraham Lincoln se entretiene en pulir las descripciones del cuento. Poda las frases demasiado largas. Arranca las flores hermosas pero chillonas. Desecha las malas hierbas. Comprende, sin embargo, que una historia así, tan sencilla, requiere cierta dosis de error. Es mejor no barnizar del todo las apócopes. Dejar algún adjetivo inapropiado reluciendo en su inadecuación. Recuerda o revive uno de los consejos de Chejov: «No pulir, no limar demasiado. Hay que ser desmañado y audaz». Qué piernas tan delgadas e indefensas, piensa entonces Abraham Lincoln mientras ve cómo se levanta la túnica de seda. Y qué culo, qué señor culo, chiquitito y redondo, mucho más blanco que su cara de prostituta japonesa, qué historia que no me merezco y que es mía, qué relato, es mía, y ahora la *geisha* dice «azótame, azótame, imbécil». Abraham Lincoln asiente. Por fin, de sus yemas surge algo que merece ser llamado «verdad», la marca roja de sus cinco dedos sobre aquella nalga blanca.

Seis páginas bien apuradas, eso ocupa el cuento de Abraham Lincoln. En ellas, ha conseguido sintetizar toda la frustración que le provoca esa barbilla alzada que a veces usa la domadora de circo cuando le dice que no, que esa noche no le apetece. O peor aún, la forma en que ella se deja abrazar después de hacer el amor, como si ya no estuviera allí. El modo en que asiente y calla cada vez que él le dice «me gustas mucho, de verdad, me gustas mucho». Querer dejar de querer y no poder. Ésa es la verdad universal que su historia ha retratado. Y con qué facilidad ella le agarra el pene y se lo introduce en su coño estrecho de musa oriental, qué gozo sentir aquel horno interior palpitando regularmente. Y empujar, empujar, todos esos sentimientos bien disfrazados volcados en apenas seis páginas. La escena merece una descripción más detallada, medita Abraham Lincoln. Sacar la cámara de la mente de los personajes y enfocarla en el cuarto de baño nauseabundo. Ahí está: el decimosexto presidente de los Estados Unidos de América, con los pantalones por los tobillos, arremetiendo el culo reluciente de una *geisha*-musa. Con cada embestida, su sombrero altísimo se balancea. De vez en cuando, golpea la bombilla y provoca sombras giratorias sobre las paredes.

La *geisha* mantiene una rodilla sobre la tapa del váter, las dos manos contra la pared churretosa. Jadeos mordidos y ni una sola palabra. Parece mentira, piensa Abraham Lincoln. En su mente la historia está tan clara, cada palabra tallada con tanto esmero, mira cómo grita, empotrada contra este váter repugnante, que es capaz incluso de adivinar el número exacto de palabras e incluso caracteres, incluyendo espacios, que la historia ocupará una vez sea trasladada a un documento Word; y ella le mira de reojo con la cara blanca y fantasmal, con esa expresión indiferente de estar amputando un bonsái, y besa los azulejos pringosos del cuarto de baño, la *geisha* no quiere besar la boca de Abraham Lincoln pero se deleita morreándose con la pared tatuada de guarradas, exactamente veinte mil seiscientos ochenta y nueve caracteres en letra Cambria, tamaño doce: he ahí el relato entero.

La primera en salir del cuarto de baño es la *geisha*.

Se va sin decir adiós. Sin dedicarle una primera y última caricia. El pelo revuelto y la respiración todavía agitada. Se va y a Abraham Lincoln no le sorprende, porque está acostumbrado a que las mujeres se vayan de su vida. Lo malo es que, en el mismo instante en que desaparece, Abraham Lincoln sabe que la historia se irá también con ella.

Por un segundo, se le escarcha la sangre de puro susto. Pero no, afortunadamente el relato sigue ahí, todavía intacto. Intacto pero impaciente. El relato se remueve en sus neuronas. Ansía el momento en que apruebe la decimotercera enmienda literaria y acabe con la esclavitud de su no-existencia.

Abraham Lincoln se moja la cara. Se pasa una mano húmeda por la nuca. Al mirarse al espejo no se reconoce, y eso que su barba sin bigote es única. Abre la puerta. Le recibe *It's my life*, de Bon Jovi. Una hawaiana con la falda de juncos medio rota le dedica varios improperios, es que vaya falta de respeto, media hora esperando, qué asco de farloperos. Abraham Lincoln la ignora y busca la salida. No tiene ni un segundo que perder: el relato quiere ser libre y real y quiere serlo ya.

Está a punto de salir. La mano casi lista para empujar la puerta de metal que le separa de la calle. Pero, entonces, cuando ya el relato le extiende sus muñecas engrilletadas exigiendo su liberación, Abraham Lincoln siente dos dedos que le rozan el cuello. Se gira y allí está la domadora de circo.

El látigo se agita frente a sus ojos. «¿Dónde has estado?», pregunta ella

con sus morritos irresistibles. «En ninguna parte», responde Abraham Lincoln.

Puede sentirlo. Con cada palabra que pronuncia, con cada segundo que deja escapar, un párrafo entero se le evapora. Necesita un café. Y algo de tranquilidad. Y una libreta donde volcarse. Y un poquito de tiempo. Sólo un poquito de tiempo, y podrá dejar de ser una broma patética y transformarse definitivamente en un escritor.

La domadora de circo insiste: «Desapareciste de pronto». Abraham Lincoln responde: «Sí». «¿Quieres acompañarme a casa?». «No sé». «¿No sabes?». «No, no sé, la verdad, no lo sé».

La domadora de circo coloca las manos en jarras. El látigo en una mano y uñas rojas en la otra. Luego, alza un poquito la barbilla con esa insolencia suya de niña resabiada. Por pura casualidad, esa posición es calcada a la escena final del relato que Abraham Lincoln aún no ha escrito. Él, desesperado, se repite mentalmente la primera frase de su historia:

A Abraham Lincoln le gusta mucho escribir pero también, y sobre todo, le gusta mucho follar.

Se aferra a ese comienzo como si fuera un salmo mágico. Sabe que el resto del relato está ya a punto de desmoronarse. ¿Qué hará si a su relato se lo traga la noche y la falta de talento? Tendrá que conformarse con escribir otra banalidad más, nimiedades de saldo, fuegos de artificio con pólvora mojada. Su única opción es marcharse corriendo, buscar alguna cafetería milagrosamente abierta, sacar su libreta y no detenerse hasta liberar completamente esa verdad que tanto trabajo le ha costado disfrazar.

«¿Seguro que no quieres acompañarme a casa?», pregunta la domadora de circo.

DIFÍCIL

LA MUJER LOCA que vive con quince gatos se ha enamorado de un oso de peluche gigante. Tampoco es tan raro. A fin de cuentas (lo acabamos de decir), está completa y rematadamente loca.

La mujer loca que vive con quince gatos y hace meses que no se ducha es consciente de que el oso de peluche es tan sólo un oso de peluche. Está loca, sí, pero no es imbécil. Ella no espera del oso ni caricias ni poemas recitados a media luz. De hecho, la mujer cree que precisamente ese detalle (que su amado sea un oso de peluche gigante) es lo que convierte su idilio en un amor verdadero.

En sus noches de pasión desenfrenada y unilateral, mientras fuma un cigarro postcoito, la mujer razona: es muy fácil querer a otro ser humano. Un hombre con barba de una semana y ojos tiernos, que te abraza y te dice que te quiere, y qué bien te sienta esa blusa azul marino, y qué bonitas tus tetas, me encanta morderlas, quiero un hijo tuyo. Es normal enamorarse de alguien así. ¿Pero querer a un ser inerte relleno de poliéster, con botones en vez de ojos y la cara de Winnie the Pooh? Eso sí que tiene mérito. Eso sí que es querer de verdad.

La mujer loca que vive con quince gatos y hace meses que no se ducha y en ocasiones ni siquiera recuerda su verdadero nombre encontró a su amado en un contenedor de basura. Dónde si no. Desde lejos, y como el callejón era oscuro, pensó que se trataba de un señor corpulento. Le pareció que la miraba de un modo descarado y ya entonces le gustó. Una vez al año, mujer y oso vuelven a ese mismo contenedor y celebran su aniversario. Brindan con vino Don Simón y comen mejillones en escabeche. De postre, piña en almíbar. La mujer loca muerde embelesada su rodaja de piña y restriega otra rodaja por la boca del oso de peluche. De resultas, los pelos de felpa se le quedan

acartonados durante semanas. Entonces, cada vez que ella lo besa se acuerda de la cena de aniversario y le dice «cariño, pero qué bien sabes, cariño, no cambies nunca».

La mujer loca que vive con quince gatos y hace meses que no se ducha y en ocasiones ni siquiera recuerda su verdadero nombre y en el bajo vientre luce una cicatriz de un navajazo que le dio otro mendigo se tropieza una tarde con la figura de poliespán de un camarero italiano. Es uno de esos monigotes que se colocan a la entrada de algunos restaurantes, con el fin de sujetar el menú o de anunciar alguna oferta. Lo han abandonado junto a (cómo no) un contenedor de basura. De lejos, parece realmente un camarero italiano. Bigote majestuoso y mirada atrevida. A la mujer le parece sorprenderlo mirándole el culo.

Aunque duda un buen rato, finalmente opta por llevárselo a un soportal. Sólo para charlar. Justo en ese momento, como por intervención divina, comienza a diluviar. A la mujer no le queda entonces más remedio que tirarse una hora y media esperando a que amaine junto al camarero de poliespán. Una cosa lleva a la otra y terminan morreándose. Son besos suaves, delicados. En primer lugar, porque él es italiano y (todo el mundo lo sabe) los italianos besan como quien sopla una cucharada de sopa demasiado caliente; en segundo lugar, porque el poliespán no es demasiado resistente, y un arrebato apasionado podría romperle el bigote elegante, o desfigurarle para siempre.

Llegado cierto punto, la mujer loca rompe a llorar. Entre lágrimas, le confiesa que no puede hacerlo. Le dice que está enamorada de otro y que se debe por completo a ese amor. Insiste: tal vez, si se hubieran conocido en otro momento, en otro lugar, tal vez, entonces..., ¿quién sabe qué podría haber pasado entre ellos? Deshecha en lágrimas, la mujer se despide del camarero italiano. Como le parece que él insiste, le da un último beso para que la recuerde. También le permite refregar un poco su entrepierna de cartón contra su falda manchada de vino. Luego, sale corriendo bajo la lluvia. Antes de girar la esquina, se vuelve a mirarle. Efectivamente, él la sigue observando. Medio ladeado en el soportal, con la lluvia entrando de lado y empapándole los pies. Es evidente que no le ha quitado ojo ni un segundo.

Esa noche, la mujer loca que vive con quince gatos y hace meses que no se ducha y en ocasiones ni siquiera recuerda su verdadero nombre y en el bajo vientre luce una cicatriz de un navajazo que le dio otro mendigo y cuyo hijo una vez, al verla pasar borracha, fingió no reconocerla entra en casa sin hacer

ruido. Avanza silenciosa, esquivando gatos dormidos. Con tiento, se acuesta en el colchón nauseabundo que le sirve de cama. Allí, tumbado, está el oso de peluche gigante. Ella prueba a pasarle un brazo sobre el pecho, igual que cada noche.

Como ya hemos dicho, la mujer loca está efectivamente loca, pero no es imbécil. Sabe que el oso de peluche gigante es sólo un oso de peluche gigante. Y sabe que el camarero italiano no es un camarero italiano. Pero ella estaba tan orgullosa de su amor puro, mucho más puro por cuanto no esperaba nada a cambio, que ahora se siente sucia y estúpida. Cuatro besos mal dados en un soportal. Qué idiota. ¿Pero cómo resistirse? ¿Y cómo perdonarse? El bigote elegante del camarero se le aparece cada vez que cierra los ojos.

La mujer termina por apartar el brazo del pecho peludo de su amado y se gira dándole la espalda. El silencio habitual del oso le suena ahora a reproche. Ella se muerde los puños y se pregunta: «¿Por qué tiene que ser siempre el amor tan difícil? ¿Por qué?».

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DE AUGUSTO Y ESTHER

INMÓVIL EN EL centro de la habitación, un anciano sostiene un martillo. Muy cerca, una anciana enferma le observa desde una cama enorme como el bote salvavidas de un barco. La habitación es un museo abigarrado de cruces, vírgenes, hojas de Biblia, estampitas y rosarios. Hay telarañas y baldosas rotas, humedad y polvo. El anciano y la anciana son marido y mujer. Él se llama Augusto; ella, Esther. Después de tantos años, entre los dos todo está dicho y redicho ya, y Augusto sabe muy bien qué se espera de él.

Augusto viste su eterno pijama a rayas y pantuflas deshilachadas. El martillo que sostiene no es muy grande ni pesado; lo justo, ni más ni menos, para la tarea que se espera de un martillo. Augusto mira a izquierda y derecha, arriba y abajo, contempla la habitación-museo y piensa: «¿Por dónde sería mejor empezar?». Augusto tiene setenta y ocho años, y desde hace nueve su barbilla tiembla aunque sus ojos no lo hagan.

Desde la cama gigantesca, Esther le observa sin pestañear. Apoya su endeble cuerpo en cuatro cojines de terciopelo gastado y se tapa hasta la barbilla con una manta invadida de pelotillas. Esther es toda huesos y arrugas y respiración entrecortada, larga y sufrida, como de serpiente de campo. Esther tiene cuatro años menos que Augusto y la última vez que quiso cocinar se olvidó de apagar el fuego y confundió la sal con el azúcar.

Poco a poco, la mano de Augusto se va acostumbrando al peso y al tamaño del martillo, que es el justo para la tarea que le espera, ni más ni menos, y se familiariza con su consistencia imperturbable de cosa muerta, y se hace a la promesa de destrucción que todo martillo conlleva. Da lo mismo empezar por un sitio o por otro, parece decidir, mientras se empieza.

La respiración enferma de Esther sigue los pasos de su marido, que se dirige hacia la puerta de la habitación. La puerta mantiene sus ocho cerrojos corridos. Con los años, la pintura blanca se le ha ido desgastando y ahora la madera oscura asoma. De lejos, parece como si una puerta negra desgarrara la puerta blanca, surgiendo de su interior. En su centro, pende un crucifijo de marfil congoleño, bendecido siete veces por siete sacerdotes distintos. Lo que pertenece afuera que permanezca fuera. Que no nos arrastren a sus tinieblas los que ya no descansan ni sueñan. Augusto observa el crucifijo. Esther observa a Augusto observar el crucifijo. Todo está dicho y redicho ya, y Augusto sabe muy bien qué se espera de él.

El anciano levanta el martillo sobre su cabeza y, de un golpe certero, arranca de cuajo el crucifijo congoleño. El marfil tintinea contra las baldosas y termina por detenerse junto al armario. El cristo queda boca abajo, en una posición humillada, como si quisiera esconderse bajo su enorme cruz.

Augusto tiene setenta y ocho años, y desde hace doce una hernia discal le agujonea el costado. Es por eso que, al levantar el martillo, un dolor agudo se ha instalado en su espalda. Seguramente, en este momento Augusto preferiría dejar el martillo y sentarse a descansar en la sillita de mimbre, junto al tocador; preferiría, seguramente, dejar las cosas tal y como están, como siempre han estado: intactas y protectoras. Sin embargo, Augusto sabe mejor que nadie que todo está dicho y redicho ya, y sabe también (lo sabe y lo entiende) qué es exactamente lo que se espera de él. Por eso se obliga a ignorar el navajazo en su columna vertebral y, mordiendo un gemido, alza una vez más el martillo.

De otro golpe, el viejo desgaja de la pared una figurita de mármol de la Virgen de Guadalupe. Al estamparse contra el suelo, la virgen pierde el halo celestial y una mano de dedos extendidos. En seguida sale volando una estatua de san Sebastián con sus flechas de cerámica chapadas en oro. Estalla en pedazos un niño Cristo. Se descorcha del armario un Santo Padre del siglo XVI, que había sobrevivido a dos incendios y tres saqueos. Cae un san Mateo y un san Marcos y un san Lucas y un san Juan, todos con su Evangelio de mármol en alto, como si pretendieran defenderse del martillo inmisericorde. La hernia clava su agujijón y Augusto se muerde la lengua y la enferma Esther se tapa hasta la nariz con la manta invadida de pelotillas, dejando a la vista sólo los dos ojos sedientos. Otro crucifijo que vuela. Lo sigue un san Judas

Tadeo esculpido en piedra volcánica de El Hierro. Cinco angelitos rechonchos son decapitados. Una virgen de cuyo pecho surge una paloma esplendorosa es descuartizada. Fragmentos de cerámica, madera, cristal y porcelana danzan en el aire igual que confeti. En un momento indeterminado, Augusto comienza a gritar. Sus exclamaciones son secas, cortas, doloridas. El martillo pulveriza concienzudamente (hacen falta cinco golpes para que desaparezca del todo) una cruz de barro antiquísima, grande como un recién nacido.

Cuando por fin termina, Augusto deja caer el martillo. A sus pies, se extiende una irregular sucesión de fragmentos inconexos. Esther se destapa hasta la barbilla y asiente; por supuesto, no dice nada.

Con una escoba y un recogedor, Augusto recoge el rompecabezas de vírgenes y cristos descuartizados. Es meticuloso y procura no olvidar ningún pedazo, por diminuto que sea. Incluso se agacha un poco para barrer bajo la cama y el armario. Los trozos de santos terminan por formar un pequeño montículo cerca de la puerta que hace tiempo fue blanca.

Luego, Augusto arrastra un taburete hasta el centro de la habitación. Augusto tiene setenta y ocho años, y hace cinco sufrió un amago de embolia que le durmió la pierna izquierda durante varios meses. Por eso ahora, una vez sobre el taburete, tiene que ayudarse con las manos para subir la pierna mala y oscila a punto de caer. Esther no le quita ojo: reconforta ver cómo su marido sabe qué se espera de él, atestiguar que todo está dicho y redicho ya. Una vez recuperado el equilibrio, Augusto desanuda los ocho nudos de los ocho rosarios que cuelgan de las vigas más cercanas. A medida que los desprende, los arroja sobre la montañita de escombros.

Cuando termina, Augusto se baja del taburete, lo arrastra algunas baldosas a su derecha y, de nuevo, sufre para subir la pierna mala. Un poco de puntillas, desanuda siete rosarios más. Como la vez anterior, los lanza al montón de desechos. Sin embargo, esta vez, al estar más lejos, alguno se pasa de largo o se queda corto y cae despanzurrado sobre las baldosas, igual que una serpiente disecada que se muerde a sí misma. Al terminar, Augusto se baja del taburete, vuelve a moverlo, vuelve a subir, aupando siempre la pierna mala, y vuelve a desprender varios rosarios más que arroja al montoncito. Repite esos movimientos cinco veces en total, hasta cubrir la habitación entera. Recoge exactamente cuarenta y seis rosarios. Que lo que pertenece afuera permanezca fuera. Que nuestra carne viva no azuce el hambre de los malos muertos.

Esther tiene setenta y cuatro años, cuatro menos que Augusto, y desde hace diez unas cataratas han ido conquistándole los ojos. Así que, cuando mira a Augusto, en realidad lo que Esther ve es sólo la sombra de Augusto. Ve un borrón con el pijama de Augusto que desata rosarios salvadores y los lanza junto a la puerta. Ve una niebla con el cuerpo desmañado de Augusto que se detiene ahora frente a la pared más cercana. Una pared que Esther sabe (aunque no distingue) recubierta con las páginas del Evangelio, según san Marcos.

Cuando Augusto comienza a arrancarlas, las hojas amarillas crujen como insectos. Augusto debe agacharse para acceder a las más bajas, debe ponerse de puntillas para llegar a las más altas. Las cuatro paredes de la habitación están completamente empapeladas con hojas de Biblia y estampitas de santos. Hay evangelios en latín, en francés románico, en serbio, hay hojas que pertenecen a una Biblia impresa en Estrasburgo en 1543. Todas las estampitas traen la cara de los santos quemada; la mayoría son santos italianos y españoles, pero hay, por ejemplo, un san Celonio con su nombre en cirílico y una santa ortodoxa que aparece con el cuerpo desollado, venas rojas y azules en vez de carne. Estampitas y salmos bendecidos por un santurrón napolitano al que Augusto mandó venir, gastando una fortuna, para proteger y salvaguardar las noches de invierno. Lo que pertenece afuera que permanezca fuera. Que no vengán a importunarnos ni los espíritus inquietos ni las sombras del pasillo.

Debajo de las estampitas y los salmos va descubriéndose una triste pared encalada. Con cada hoja que arranca, una nubecilla de polvo envuelve a Augusto. Sin poder evitarlo, el anciano comienza a toser; y al poco, del mismo modo en que se contagian los bostezos, Esther tose también, aferrándose el pecho. Flema, sangre y saliva de señora enferma. Augusto no se vuelve a mirar a Esther; Augusto sabe bien lo que se espera de él y que todo está dicho y redicho ya. Pero es evidente que, con cada tos de su mujer, Augusto se pone más nervioso. Lo que comenzó siendo una recolección meticulosa da paso, página a página, a un frenesí desquiciante. Augusto termina corriendo de una pared a otra, atacando pedazos de Biblia que se le habían pasado por alto.

Al terminar, Augusto arroja las páginas y las estampitas de cara quemada sobre el desparrame de rosarios y figuritas. Tarda un rato en recobrar el aliento. Sólo entonces se permite mirar a Esther, que ya no tose y sigue

acurrucada en su cama mastodónica, los ojos nublados, fijos en él. Es en ese instante cuando los dos perciben, por primera vez, la anchura de las cuatro paredes desnudas, el techo asfixiantemente vacío, tan indefensos de pronto, la habitación-museo convertida en habitación y punto. Por fuerza, deben sentirse extraños. Como si hubieran sido transportados al interior liso de una gota de agua sucia. Puede que tengan miedo. Sí, por muy convencidos y arrugados y cansados que estén, seguro que tienen miedo. ¿Quién va a protegerles ahora?

Del armario, Augusto extrae un saco inmenso. Usando las manos, lo llena con los restos que ha ido cosechando. En ocasiones, se ayuda con la escoba y el recogedor. El saco va engordando más y más, satisfecho y callado. Las baldosas quedan tan limpias como la pared.

Cuando Augusto recoge el crucifijo de marfil congoleño, no puede evitar sopesarlo brevemente. Es curioso, parece meditar: su peso encaja, más o menos, con el del martillo, que sigue en el suelo. Agarra el martillo y compara. Sí, exactamente el mismo peso. Augusto se encoje de hombros y deja caer el martillo y el crucifijo al saco. Luego, lo cierra, atándolo con una cuerda.

Uno a uno, Augusto abre los ocho cerrojos de la puerta que un día, hace mucho, fue blanca. Al girar, sus engranajes suenan como dientes machacando dientes. Augusto tiene setenta y ocho años, y nunca antes había cargado un saco en la espalda. Ahora lo hace, y así, cargándolo, con la hernia estrujando su columna vertebral como un cepo, el anciano abre la puerta.

Sombras. Oscuridad espesa. Eso hay al otro lado, en el pasillo. Ni siquiera una corriente de viento helada, o el crujir de la casa en invierno. Sombras y nada más. O, al menos, eso parece.

Todo está dicho y redicho ya y Augusto sabe muy bien qué se espera de él. Augusto tiene setenta y ocho años, Esther setenta y cuatro. A él le duele horrores la espalda y ella le mira y ve sólo un borrón que sabe que es su marido. Y la puerta está abierta y más allá sólo hay sombras que callan demasiado.

Con cuidado de no cruzar el umbral, el viejo lanza el saco a la oscuridad. Lo lanza lo más lejos que puede. El sonido del saco al golpear el suelo es rotundo y definitivo. Es el único sonido que llega del pasillo. Al sentir tan lejos los objetos sagrados, los dos ancianos sienten cómo la piel de su nuca se eriza. Ahora ya no hay vuelta atrás.

Luego, Augusto se aleja de la puerta dejándola abierta de par en par. Un rectángulo negro y amenazador en la habitación. Augusto se acerca a la cama poco a poco, como un niño que teme despertar a sus padres. Esther se destapa para hacerle un hueco a su lado. El viejo se sienta en la cama, se quita las pantuflas deshilachadas y las alinea junto a la mesilla, en un gesto que ha repetido miles de veces. A continuación, se desliza bajo la manta invadida de pelotillas. Siente el calor conciliador del cuerpo de su mujer. Los dos miran la puerta y esperan. Por fin van a verlos. Después de tantos años, de tantos rezos, de tantas precauciones lentísimas, de tantas conjeturas susurradas en voz baja. Por fin van a verlos.

Desde el rectángulo abierto, las sombras continúan imperturbables. Una masa negra, silenciosa y pulida.

Mientras esperan, Augusto palpa el colchón buscando la mano de Esther. La encuentra. Esther le mira y le sonrío. No dice nada, por supuesto. Para qué. Todo está dicho y redicho ya.

DISECADOS

AMBOS ESTÁN EN esa edad tramposa en que ya no son niños y niñas, ni siquiera muchachos y muchachas, pero sí todavía chicos y chicas, y, al mismo tiempo, inevitablemente, comienzan a ser también hombres y mujeres; a veces por sorpresa alguien les llama «señor» o «señora».

Son las diez de la mañana. Es sábado. Es verano. Hace calor. Y, en este preciso instante, el chicohombre extiende un dedo tembloroso hacia la chicamujer.

Situémonos: el chicohombre y la chicamujer comparten piso y viven como suelen vivir los chicohombres y las chicamujeres de hoy en día. Esto es, con la nevera a medio llenar de yogures Biofrutas y manzanas podridas. Sí, exactamente así, con estanterías donde conviven los cómics de Tintin, de él, con los libros de Paul Auster, de ella. Aún hay más: en el recibidor cuelga un inevitable cartel donde se lee «¡Acuérdate de tirar la basura!» y en el espejo del baño un beso de carmín que nadie recuerda qué significa. Así son, así viven y, francamente, podría ser peor.

El chicohombre y la chicamujer se encuentran exactamente donde deben estar un sábado a las diez de la mañana: en la cama, los dos. Como es verano y hace calor, la sábana se les arremolina a los pies. En vez de pijama usan camiseta y ropa interior.

Ella duerme, él no; él observa cómo ella duerme y extiende un dedo palpitante.

El chicohombre mantiene la espalda apoyada en el respaldo de la cama, en esa posición que adoptan los enfermos para comer gachas o que mimetizan los oficinistas para aporrear su portátil a deshoras. Bien, la espalda apoyada en el respaldo de la cama, eso es, y una mano abandonada en su regazo, más o menos así, muy cerquita de su pene, pero sin llegar a tocarlo. Ajá. Su otra

mano señala estremecido el rostro de la chicamujer. La cabeza del chicohombre permanece ladeada, así no, un poquito más todavía, ahí está, cabeza bien ladeada para contemplar sin perder detalle el modo en que ella inspira y espira, inspira y espira, inspira y espira, inspira y espira.

Debe de llevar observándola, aproximadamente, unos veinte arrobados minutos. El chicohombre está acumulando fuerzas para hacer lo que quiere hacer y sabe que no debe hacer.

Temblando, temblando mucho, acerca su dedo al rostro de la chicamujer. Detiene el movimiento y el temblor a tan sólo unos milímetros de la mejilla. Tan tan cerca. Siente o imagina el cosquilleo que produce el roce previo al roce.

La chicamujer es rubia y delgada como un alfiler. Tiene las mejillas sonrosadas como una niña de los Alpes y un lunar bajo el ojo. A él ese lunar le gusta mucho. Le gustó desde el primer día. El lunar y las piernas de rodillas como frambuesas, las curvas ausentes, el coño limpio y rosado de estatua hirviente de mármol. Al dormir, la chicamujer se vacía en un sueño sin reservas. De ella sólo queda un cascarón pálido sostenido por dos finas clavículas. Tan sólo una camiseta de Snoopy que se hincha y deshinch, respiración cronometrada y previsible. Arriba y abajo, arriba y abajo, una y otra vez.

El chicohombre se lo ha dicho más de una vez: «Tienes unos ojos de lacrimal largo, igual que Jennifer Connelly».

Se lo ha dicho más de una vez: «Parece mentira, igual no te lo crees, pero cuando duermes tus ojos parecen aún más grandes».

Siempre le fascinó esa capacidad de ella de dejar de ser, de abandonarse mientras duerme. A un nivel primario, le reconforta la certeza de que si ella descansa tan mansamente es porque él vigila su mundo. ¿No es todo un honor? ¿No es acaso una inevitable tentación? Cada noche, el mensaje implícito que ella le lanza es éste: «Si algún monstruo osa cruzar el umbral, cariño, amor, tuya será la responsabilidad de ahuyentarlo, cazarlo y darle muerte. ¿Crees que podrás hacerlo?». «Creo que sí». «No, no me basta con que lo creas, ¿serás capaz de hacerlo?». «Sí, sin ninguna duda, sí». «¿Lo juras?». «Lo juro, y lo reafirmo golpeando el puño contra mi pecho». «Muy bien, pero repítemelo, quiero oírtelo decir una vez más, ¿puedo confiar en ti?». «Sí, sí, por supuesto que sí. Yo te protegeré siempre, siempre, siempre, siempre,

siempre, siempre».

El chicohombre lleva contemplando el dormir de la chicamujer, así, a ojo, aproximadamente veintitrés, veinticuatro o veinticinco minutos.

Ha llegado el momento, se dice él. Y, además, ¿qué puede pasar? No es que sea la primera vez que lo hace, ni será la última, seguramente. Tampoco es que esté haciendo ningún daño. Igual es necesario aclararlo: el chicohombre no fue nunca un mal chico y no ha tenido tiempo aún de aprender a ser un mal hombre. Esto debería quedar bastante claro.

Así pues, cubre la microdistancia que separa su dedo de la mejilla de ella. Roza, ahora sí, por fin, la piel de la chicamujer. Mueve la yema abajo y arriba, a izquierda y derecha. Dibuja con el dedo una cruz perfecta, dejando el lunar coqueto como centro. A primera vista, podría parecer que está acariciándola, pero no es así. No es así en absoluto. Primero la roza, luego directamente la toca, pero en ningún caso, bajo ninguna circunstancia, la acaricia.

La chicamujer no parece percibir nada. El chicohombre se decide a aumentar la presión, hundir más la falange en la carne dormida. Ahora, al arrastrar el dedo, lo estira y desfigura el lunar, que toma la forma de una célula a punto de realizar su mitosis. Como resultado, ella arruga el ceño. Abre y cierra los labios solo un poquito, varias veces, sin llegar a decir absolutamente nada. Se retuerce, pero no se despierta. Diminutas pompitas de saliva estallan en protesta. La chicamujer agita la mano imitando el gesto de alguien que espanta a un mosquito pesado.

Él analiza cada uno de esos movimientos con atención. En su rostro no se lee satisfacción, tampoco exactamente curiosidad; es algo que va más allá. Tal vez sería mejor explicarlo mediante una metáfora. Imaginemos a un niño que abre la puerta prohibida del desván de su abuelo. Es un desván como el de las películas de Hollywood, que pertenece a un abuelo como nunca hemos tenido. De las vigas cuelgan gruesas y centelleantes telarañas, por todas partes hay sábanas que esconden sillas estilo Luis XVI, espejos redondos y descascarillados, candelabros sefarditas. Sobre una larga mesa, sepultados bajo una gruesa capa de polvo, el niño descubre varios animales disecados. Se acerca a ellos muy despacio. La única luz proviene de un ventanuco minúsculo. Los animales se intuyen más que ven, y parecen vivos, aunque se saben muertos. Están entre el aquí y el allá, la misma línea fronteriza son. Todo piel y plumas apelmazadas y órganos vaciados y ojos con mapamundis

pegajosos en lugar de pupilas. El niño ve todo eso y pestañea. Y sólo después de dudar durante mucho tiempo, de acumular pacientemente cada gramo del valor que vive en él, el pequeño alarga un dedo y toca el búho disecado, palpa el zorro paralizado, la cabeza de jabalí despeñada, la lengua pétrea de la boca eternamente abierta del ciervo más hermoso que jamás existió.

Ésa, la expresión de un niño que descubre otros mundos en el desván de un abuelo de película, es la misma que luce ahora el chico hombre.

En este mismo momento, el chico hombre acaba de incorporarse un poco para dejar caer mejor su peso sobre su dedo. Así, presiona la mejilla de ella bien fuerte. Parece mentira que la chicamujer no se despierte. Con pequeños movimientos circulares, él le atornilla su uña, tan delicadamente cortada. En seguida, la chicamujer se arquea, protesta en pleno estado REM. Parece inmersa en una exhausta carrera interior, perseguida por algún monstruo abismal. O tal vez, en su sueño, un oficial nazi la tortura carcajeándose. Sus movimientos no son enérgicos, más bien al contrario: son la simulación de un movimiento. Un gesto que no llega a nacer y se queda ahí, en la intención. Como el modo en que, en las películas japonesas, los viandantes fingen levantar los brazos antes de ser aplastados por Godzilla. Puro teatro, nulidad gestual.

El chico hombre retiene cada uno de esos diminutos, inútiles movimientos. Es como si bebiera de ellos. Las pupilas no le dan abasto: va de la mejilla atornillada a la boca deforme, que ha adoptado el gesto de escupir un chicle, y ya en seguida se centra en los ojos inquietos que aporrean bajo los parpados, esos ojos que parecen más grandes cerrados que abiertos, e inmediatamente las cejas atormentadas, las manos que se agitan sin sentido, no mucho, apenas nada, cinco dedos que se abren y se cierran, un espasmo en el hombro, una pierna que se dobla, la respiración que se pierde. Cuanto más imperceptible es el gesto, más parece en realidad querer ser, y más fascinante resulta, por tanto, para el chico hombre.

Un solo dedo, piensa. Hay que ver lo que puede hacer un solo dedo.

Llegados a este punto, es necesario aportar algo en favor del chico hombre. Veamos: durante el último San Valentín preparó un tiramisú espectacular y le regaló a la chicamujer un broche inspirado en su canción favorita, que él mismo fabricó a escondidas, durante semanas. ¿No basta? ¿Necesitan más? Ningún problema. Siempre que hacen el amor, el chico hombre se preocupa,

antes y por encima de todo, del placer de ella. Sólo se permite eyacular cuando la chicamujer ha estallado gloriosamente en su orgasmo de dientes apretados. O bien cuando ella mueve la cabeza y le dice «acaba ya, hombre, ¿quieres?».

No existe nadie que pueda afirmar que el chico hombre guarda en su corazón siquiera una pizca de rencor.

¿Aún puedo aumentar más la presión del dedo?, se pregunta el chico hombre. Sí, seguro que aún puedo. Es increíble lo profundo que es su sueño, se dice el chico hombre. Eso es porque yo velo por ella, se responde. Y en seguida extiende un segundo dedo y lo clava junto al primero y aprieta a conciencia. La cabeza de ella se hunde así en la almohada, el pelo rubio desbordado en la cama.

Entonces, por primera vez, el chico hombre se permite decir algo. Al principio, ni él mismo se da cuenta de que va a hablar. Le sorprende su propia voz. Las palabras surgen desapasionadamente, con el mismo tono que usan las enfermeras cuando pasan lista en la consulta. Muy bajito, prueba a decir:

—Putá.

Y luego, con la misma voz monocorde, añade:

—Putá, putá, reputá. Guarra. Zorra.

Eso dice. Y luego calla porque, sinceramente, hablar le distrae y no le aporta mucho. Él prefiere mirar. Contemplar la forma en que palpita el lacrimal largo de ella. Estudiar el modo en que una baba se escurre de su boca igual que una oruga. Atender a sus dedos finos que se engarflan tan graciosamente.

Finalmente, después de casi cinco, siete minutos, tal vez ocho, es difícil medir el tiempo en casos como éste, el chico hombre siente que ya ha tenido bastante. Aparta los dos dedos y libera a la chicamujer. Ésta queda rendida, exhausta. Su cuerpecito rubio abandonado y errante sobre la cama de sábanas arrugadas.

El chico hombre se levanta entonces, se calza unas chanclas y va al baño. Es muy respetuoso y procura no hacer ruido. Orina de pie, apoyando una mano en la pared. No salpica ni siquiera un poco. Luego, se ducha tarareando una canción horrible de Mecano que escuchó por casualidad la noche anterior y se le ha pegado. Para el pelo, usa champú anticaspa. Para el cuerpo, un jabón que huele a frutas del bosque y dan ganas de beberse la botella. Se seca con una

toalla de flores amarillas que su madre les regaló hace dos Navidades. Al mirarse al espejo saca tripa y luego la esconde con gran ceremonia. Repite el mismo gesto cinco o seis veces. Se contempla evaluándose: puede que haya engordado un poco. Sale del baño envuelto en la toalla. Va descalzo. Sobre el parqué, sus pies dejan unas huellas que, como espectros, desaparecen a los pocos segundos.

Se sienta junto a la chicamujer y la observa dormir una vez más. Ella mantiene todavía el ceño fruncido, la boca torcida, los nervios tensos. Una mala pesadilla. Al chico hombre le duele tanto terminar con ese momento que, por derecho, es suyo. Sin embargo, es un buen tipo y por eso le da un beso en la frente y le dice:

—Cariño, despierta. Son casi las once y media. ¿No habías quedado con tu hermana hoy? Venga, dúchate. Yo voy preparando las tostadas.

COJONES

SIEMPRE QUE EL hielo se rompe, lo hace a cámara lenta. Eso piensa el bueno de Job mientras contempla cómo el ballenero se abre paso entre las placas heladas del archipiélago de la Madeleine, en Canadá. Hay que ver, quién lo diría, la quilla corta el hielo igual que el *cutter* de su oficina corta el papel.

Y qué silencio.

La mole prehistórica del ballenero se abre camino suspiro a suspiro.

Curioso: las placas de hielo apenas oponen resistencia. De hecho, parece como si se rindieran de antemano. Seguramente, se trata de una ilusión óptica, pero Job juraría que, un segundo antes de que el barco lo embista, el hielo ya comienza a derrumbarse por sí solo. Como si le diera vergüenza profanar con sus quejas aquel silencio transparente.

Job lo observa todo apoyado en la barandilla de proa. Su figura flacucha destaca en aquel ambiente marinero, se le ve mucho más esmirriado que al resto. Salta a la vista que no pertenece a ese mundo. Nunca antes Job había contemplado la inmensidad extraterrestre del hielo ártico, que nos empequeñece y deja huérfanos. Hasta hoy no era consciente de los ronquidos que reverberan en las tripas de un barco de gran tonelaje. Resulta que ese tronar metálico es eterno. En este preciso instante, Job lo siente contra la suela de su bota, acariciándole la planta de los pies, burbujeándole en el estómago. Qué lejos queda la fotocopiadora, la cola del supermercado, las conversaciones agónicas de ascensor, el yorkshire del vecino, el colchón viscoelástico. Ahora mismo, el viento escarcha su bigote de señor pasmado.

Ahí donde le ven, Job es el hombre más bueno del mundo. Ésa es su horrible condena. Porque no nos engañemos: ser bueno quiere decir también ser un poco gilipollas, un pelín pusilánime, un tartamudo social; en definitiva,

un incapaz. Ser bueno en un mundo dominado por los malos significa vivir arrastrando los pies, bajando la vista, callando. Es por esa razón (porque es el hombre más bueno del mundo) que Job está ahora ahí, apoyado en esa barandilla, mirando el hielo quebrarse mansamente. Por eso ha viajado hasta Canadá, y ha pagado a precio de oro su pasaje en el ballenero. Job lo tiene decidido: de hoy no pasa, eso de ser tan santo se tiene que acabar.

El resto de la tripulación se agrupa varios metros más allá. Gruñen en francés y se palmean la espalda. Visten espesas barbas de asesino. Tatuajes hechos a navaja. Sus músculos son del mismo material que el barco. Precisamente ahora, Job observa de reojo cómo arrastran un enorme arcón por la cubierta. Un hombre tuerto lo abre con una palanca de hierro. Nada más saltar la tapa por los aires, los marineros se abalanzan sobre la caja. Parecen una clase de secundaria en pleno viaje de final de curso. Se empujan, lanzan chillidos juguetones, se hacen cosquillas con una mano mientras, con la otra, tantean a ciegas el interior del arcón. Finalmente, uno a uno, sacan triunfantes algún tipo de objeto contundente. Normalmente, la mayoría consigue hacerse con unas mazas categóricas y grises, aunque a algunos les toca en suerte un pico de punta estrecha o un bate de béisbol o una llave inglesa o incluso una tubería oxidada. La mayoría, después de conseguir su premio, lo blande ensayando el golpe. Con jubilosa cólera cargan contra un enemigo que no existe.

Uno de los marineros, el más apuesto de todos, que posee un hoyuelo en la barbilla y una melena rubia de galán de piscina pública, extrae del arcón un palo de *hockey*. Una exclamación de asombro aprueba su elección. Como para reafirmar su rol de líder de la manada, el galán se dedica a hacer malabarismos. Con una mano que debe haber probado todos los coños de Canadá lanza el palo al aire, lo recoge, se lo pasa por el cuello, lo hace girar a una velocidad absurda. Todos ríen. Sus carcajadas desconciertan a Job, le traen malos recuerdos.

Una vez que están todos armados, el arcón queda abandonado y abierto sobre la cubierta. Job duda un poco. Miradle bien. Tan patético y tan inocente, mordiéndose el labio y escarbando el suelo con la punta del zapato. Job desearía escapar, ésa es la verdad, tirarse por la borda, hacer como el iceberg y derrumbarse antes de que lo embistan. Y, sin embargo, no ha llegado tan lejos para acobardarse ahora. Procurando pasar desapercibido, termina por

acercarse al arcón. Mete la mano y palpa el fondo metálico y pegajoso (¿pegajoso de qué?, se pregunta). Finalmente, encuentra algo: es demasiado pesado, aprieta los dientes, se le tensan los nervios del cuello, lo saca. Es una pala. Una pala gigantesca, con el mango de madera y la parte de metal cuajada de abolladuras; parece mentira, pueden contarse uno a uno los golpes que la pala asestó. Job descubre con estupor cómo, en la punta roma, la sangre seca se une con el óxido. La mezcla adquiere un tono pardusco, como de dulce de leche.

En ese instante, una mano se posa en su hombro. Es el apuesto marinero. Ese ángel de rizos rubios y bíceps de gimnasio le dedica una sonrisa. Le guiña el ojo. Le dice algo en francés: nosequé nosecuánto *savoir des couilles*. Luego, en señal de amistad, le arrea un puñetazo en el hombro que hace a Job tambalearse. De milagro, se las apaña para seguir sujetando la pala. Ésta tiene un tacto como de reptil. Al hombre más bueno del mundo no le gustan las palas que mezclan su óxido con sangre seca. Pero qué remedio, hoy es el gran día. En unos minutos, se librá de su maldición. Así se lo ha propuesto Job y así será.

Gritos, carcajadas, euforia. Los marineros se abalanzan a estribor y señalan el paisaje helado. Objetivo a la vista. Por fin, por fin han llegado a su destino.

El galán saluda con un silbido el descubrimiento. Arrastra a Job, amistosa pero inflexiblemente, hasta el grupo de orangutanes. Job termina en primera fila. Los marineros le rodean palmeándole la espalda, revolviéndole el pelo, coreando cánticos. La estrella de *rock* le susurra al oído ánimos y promesas de gloria. A Job la pala se le vuelve ácido sulfúrico entre las manos.

Frente a él, se extiende el paisaje inconstante de las placas de hielo. Parecen un puñado de diamantes flotando en una piscina. A lo lejos, el sol eternamente bajo, de un tono lechoso. Y sobre las placas de hielo, repartidas en grupos no muy numerosos, Job alcanza a contar, así a ojo, unos cien ejemplares de focas arpa.

Las pobres retozan ajenas al barco que, igual que cada año, las cerca sin disimulo. Las más longevas lucen un pelaje pardusco y moteado; las recién nacidas, blanco y esponjoso. Aun desde aquella distancia se distinguen perfectamente sus ojos como estrellas negras, sus bigotes de gatito, su expresión melosa e inocente.

Antes de embarcarse en aquel viaje, Job intentó varias veces dejar de ser bueno. Quiso hacerlo, como es natural, poquito a poco. Una pequeña maldad hoy, que mañana dé paso a una maldad mayor. Cosas sin importancia al principio, hacer daño por omisión. No dejar el asiento libre a una embarazada. Obviar la propina a un camarero borde. No sonreír al señor que vende *kleenex* en los semáforos. Esas cosas. Sin embargo, Job era irremediamente bueno y no acertaba a ejecutar ni la más diminuta afrenta, el pobre.

De modo que Job se puso a pensar. Tenía claro que quería dejar de ser bueno. Ser bueno apesta, se repetía mirándose al espejo cada día, clavando sus ojos de panoli en sus reflejadas pupilas de panoli. Y si resulta que no soy capaz de hacer una pequeña maldad que prepare mi cuerpo de beato para una maldad mayor, razonó Job, lo mejor entonces será atajar el problema de raíz. Hacer el MAL, con mayúsculas y subrayado. El acto más deplorable del universo. Algo inexcusable. Un acto de violencia tal que no guarde en sí más razón que su propia oscuridad. Que comience la caza.

La pasarela del ballenero cae sobre el hielo y los marineros descienden en manada. Avanzan espalda contra espalda, apelonados. Nadie quiere ser el último en desbrozar su cerebro de foca.

Job se ha visto arrastrado entre la marabunta. Es una pequeña parte más de esa criatura tentacular que agita mazas y picos y palos de *hockey* y palas despiadadas. En algún momento, sin darse cuenta, sus cuerdas vocales han debido de fusionarse con las gargantas de los otros cazadores y ahora grita como poseído. Un alarido que no son palabras. Que son promesas, que es alegría. A medida que avanzan por el hielo (cómo resbala, el maldito), los hombres se escinden del pelotón y recobran su individualidad. Los más ansiosos salen escupidos en una carrera desenfrenada, con el arma dando vueltas sobre su cabeza.

Las pobres focas ni se imaginan la que se les viene encima. Se limitan a acurrucarse unas contra otras. Arrugan su cuerpo hinchado, les observan venir y no hacen nada.

Un marinero alto y desgarbado es el primero en alcanzar la meta. Se detiene frente a una cría de buen tamaño, que lo examina con curiosidad. De hecho, el animal estira el hocico y lo mueve arriba y abajo, como si saludara. El marinero la contempla con la respiración agitada por la carrera. Poquito a poco levanta los dos brazos, izando la maza. Job detiene su avance para

contemplar la escena. Cosas de la perspectiva, el sol blanco queda encuadrado entre el hocico del animal y la barbilla del marinero. De pronto, la postal se rompe: *plaf*. De un golpe seco la maza se incrusta en el cráneo del animal. Job contempla incrédulo cómo los ojos de la foca salen rodando por debajo de las piernas del marinero, cada uno en una dirección diferente, como dos canicas negras en un patio de colegio. El hombre desgarrado lanza un grito de júbilo. Se le ve tan contento.

Ahora sí, por fin las focas comprenden a qué se enfrentan. Igual que si alguien hubiera hecho sonar un silbato anunciando el inicio del partido, los animales comienzan a agitarse. Primero mueven sus cabezas a un lado y a otro, como si padecieran de astigmatismo y les costase ubicar la huida. Las más espabiladas apoyan su barriga en el hielo y reman en dirección al agua con sus aletas, demasiado pequeñas para la superficie. La mayoría, sin embargo, parecen desorientadas por el pánico. O bien se quedan quietas o bien arrancan a correr en dirección contraria al mar. Escapan de la maza de un cazador para caer en el bate de béisbol de otro. En cuestión de segundos, el hielo se vuelve todavía más resbaladizo.

Por su parte, Job se queda quieto.

El mundo entero estalla a su alrededor y él no acierta a reaccionar.

Hombres barbudos corriendo de un lado a otro, cruzándose como bailarines, resbalando, levantándose entre risas, Job petrificado con la boca y los ojos igual de abiertos, las focas arrastrándose de un modo indudablemente patético, la facilidad con que ceden sus huesos, los dientes romos saltando por los aires, sus chillidos de bebés odiosos, Job sujetando su pala sin recordar qué se suponía que tenía que hacer, olvidando incluso su nombre, la sangre formando dibujos impresionistas en el hielo, algunos marineros arrastrando sus presas y arrojándolas a un montón, focas muertas, apiladas como leña seca, *court, court, ilt'échappe!*, *tout cela est une question de coullies*, Job rodeado, cercado, sitiado por el caos, marineros fornidos dando saltos detrás de focas de peluche, Job inmóvil, en el centro de aquella persecución de vodevil, y lancear y arponear, destrozar, desgarrar y hervir.

Y entonces la ve venir. Directamente hacia él. Una cría de foca. Cuerpecito blanco y rostro apacible. Parece como si alguien en la confusión de la cacería hubiera trazado con escuadra y cartabón un pasadizo especialmente para ella. Los marineros no la ven, y cruzan dando una zancada sólo una milésima de

segundo detrás de ella, o se apartan justo cuando llega. La foca atraviesa intacta la masacre, ajena a su increíble fortuna, concentrada sólo en ese arrastrar suyo tan lento como aturdido.

Job clava las uñas en el mango de la pala. Traga saliva y contempla a la foca dirigirse (no hay duda) directamente hacia él. Su avance es tan inexorable como las reuniones a las nueve de la mañana o el atasco en la M-30 o la siesta viendo el Tour o el destino o la muerte o el aburrimento.

Job piensa: «éste es el momento».

Piensa: «hoy mi pesadilla se va a acabar».

Al animal poco le falta para no chocar con las piernas de Job. Acorralada, la foca mira a la izquierda y a la derecha. Sólo ve hermanas muertas. Levanta la cabeza y fija sus dos bolas opacas en Job. Es tan pequeñita, la pobre, y tan blanca, que parece un ovillo de lana. Job aprieta los dientes y se las apaña para levantar la pala gigantesca. La sujeta tambaleando, mientras ensaya mentalmente el golpe.

Por fin.

En breves segundos, Job dejará de ser el hombre más bueno del mundo.

En un segundo certero, aprenderá a contar chistes verdes ante una barra concurrida. Ya nunca más dudará a la hora de sostener la mirada de una secretaria. Cuando alguien en la mesa de al lado encienda un cigarrillo, Job le dirá «disculpe, caballero, ¿podría apagarlo? La verdad es que no soporto el humo». A partir de ese día, así está escrito, cuando Job haga el amor, lo hará siempre sin condón.

Pero algo falla. Job quiere hacer daño, de verdad ansía golpear bien fuerte ese hocico sollozante. Más que nada en este mundo desea mezclar la sangre de esa foca blanquísima con la sangre seca de la pala. Pero no puede.

Los brazos le tiemblan, la pala lo desestabiliza.

Job sabe lo que debe hacer pero, por alguna razón incomprensible, no es capaz de hacerlo.

Avergonzado, baja el arma. Odiándose y sabiéndose un cobarde, se hace a un lado y le cede el paso. La cría se le queda mirando todavía un rato, como si no acabara de creérselo. A Job le parece que en sus ojos de *alien* hay incluso un punto de decepción. Como si, a pesar de su escasa edad y su blancura, ella fuera mucho más consciente que Job de la realidad de las cosas. ¿Pero qué haces, muchacho? Esto es lo que hay.

Dado que a Job bajar la cabeza se le da bastante bien, eso es precisamente lo que ahora hace. Esquiva la mirada confundida de la foca, que termina por proseguir su camino. El animal se marcha a esa velocidad tan lenta que la evolución tuvo a bien otorgarle.

Job contempla abatido la punta de sus botas de plástico y el hielo debajo de ellas. No hay nada que hacer. Ha dejado pasar su última oportunidad de mejorar, de no ser el hazmerreír, de ser como todos los demás. Levanta la vista. Parece mentira, pero la foca lo va a conseguir. Está a tan sólo tres metros escasos del agua. El océano, de un azul saturado de frío, le lanza espumosas olas, animándola.

Y, entonces, un mal presentimiento eriza los pelos de la nuca de Job. Se vuelve.

Allí está. A varios metros de distancia, superpuesto entre la cacería que continúa inclemente: el marinero hermoso. El del hoyuelo en la barbilla y rizos de amante infatigable. Se alza heroico junto a un montón de focas muertas, su palo de *hockey*, tintado de sangre. En ese momento, observa alternativamente a Job y a la cría de foca que casi casi es libre. Job comprende que lo ha visto todo y siente cómo su vergüenza crece. El marinero escupe con desprecio al suelo, en dirección a Job. Luego, se pasa una mano por el cabello rubio, varios mechones se le manchan de sangre. Comienza a correr, con el palo de *hockey* extendido, hambriento de alma de foca. La cría no tiene ninguna posibilidad.

Durante unos segundos, Job se queda paralizado. Un abismo se abre bajo él.

Y, entonces, sin darse cuenta, sin que realmente su cerebro le dé la orden real a sus piernas, Job sale corriendo también. Alza la pala, que de pronto parece mucho más ligera, y carga como un caballero medieval. Comienza a hilvanar un pensamiento que le advierte sobre las inconveniencias de su acto, pero el aire frío que golpea su rostro se lo borra y le vacía la cabeza. Le deja sólo un objetivo y una razón: *sufoca*, ese engreído rubio quiere hacerle daño a *su* foca.

La cría, por su parte, ignorante de todo, sigue avanzando sin prisa pero sin pausa. Realmente, no está tan lejos del agua. Puede incluso que consiga llegar a tiempo. Sólo necesita un poquito más de tiempo. Un poquito más.

El marinero hermoso como un surfista parece deslizarse con cada zancada

que da. Su melena manchada de sangre ondea orgullosa. Lleva el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y el palo de *hockey* como una bayoneta, listo para golpear a la foca y a lo que se ponga por delante.

Job embiste con torpeza pero con desesperación. Resbala, pero no llega a caer, y el propio resbalón lo empuja hacia delante: patina en el hielo a la vez que corre, igual que un suicida, igual que un loco. Grita como no sabía que podía hacerlo.

Foca, marinero bellísimo y Job.

Agua, palo de *hockey* y manchas color dulce de leche.

En el encontronazo hay sangre, vísceras y cojones.

VECINOS

MIS VECINOS ESTÁN sinceramente enamorados. Son la pareja perfecta. Se parecen incluso físicamente: alto, él; alto, ella; extremadamente delgados, desaliñados los dos, ojos grandes y afables. De algún modo, su forma de moverse, de hablar, de afrontar la vida me recuerda a un crío que finge estar enfermo para no ir a la escuela.

Viven justo enfrente de mi apartamento y la calle que nos separa es estrecha. Yo acostumbro a madrugar los sábados. Me siento en el salón y me obligo a escribir algo, aunque sean dos párrafos; a estas alturas cualquier cosa me vale. Entonces ellos salen a su balcón y yo les veo tan de cerca que resulta incómodo. Se apoyan en la barandilla de metal y comparten un cigarrillo matutino. Los dos en pijama, despeinados, somnolientos, pero con esa sonrisa idiota de bien follado. Inevitablemente, me descubren en las sombras de mi casa, inclinado sobre el escritorio. En calzoncillos. Peleándome con la página en blanco del Word. Me ven y podrían hacer como el resto de vecinos que han desfilado por su piso de alquiler: fingir que no me están viendo. Pero ellos están enamorados. Se saben rematadamente felices y ansían compartir esa felicidad con el mundo. Así que levantan una mano, mueven los dedos y me saludan. En ocasiones, un poco por reflejo, yo les devuelvo el saludo. Qué remedio. Una vez, ella elevó la voz y me gritó «¡buenos días, vecino!». A mí, sinceramente, me pareció excesivo. Fingí no oírla. Centré mi vista en la pantalla y aporreé las teclas con el único fin de hacer ruido. Por lo bajo, les escuché reírse. Seguramente, en ese momento se sintieron especiales y se enamoraron aún más, si cabe. Así son mis vecinos.

No solo les veo los sábados por la mañana. En ocasiones, cuando vuelvo de la biblioteca, le descubro a él en el balcón, leyendo un libro ensimismado. Se recuesta sobre unos cojines, todavía en pijama. Son un poco *hippies* mis

vecinos enamorados. Estoy casi seguro de que él no tiene trabajo. En ocasiones, se fuman un porro. Lo sé porque el olor a hachís cruza la calle y se mete en mi salón. Dos o tres veces les he escuchado llegar a casa borrachos, riéndose como hienas. Por suerte, son bastante discretos a la hora de hacer el amor. Imagino que, como buenos enamorados, deben follarse mirándose mucho a los ojos, y claro, así, el escándalo es menor.

Antes de acostarse, mi vecino acostumbra salir a fumarse un cigarrillo. A veces, ella se asoma, da una calada y se va. Él contempla con aire satisfecho la calle: las coronillas de los viandantes, los intermitentes rojos de los coches, el cachito de cielo brumoso que asoma en la esquina. Parece disfrutar del momento. Una vez de cada diez, la vista se le va a mi casa y me descubre en mi mesa, siempre sumergido en mis frustraciones de escritorzuelo. En esos casos, nunca se olvida de levantar una mano para saludar, antes de regresar a su vida y dejarme en paz.

Solo una vez les he visto fuera del balcón. Fue en el mercado del barrio, en el puesto de verduras. Ella, de puntillas, señalaba con un dedo y pedía con convicción seis calabacines, cuatro pimientos, trescientos gramos de boletus. Él, en un segundo plano, sujetaba varias bolsas y la miraba sonriente. En ocasiones, ella se giraba y le preguntaba «¿será demasiado?» o «¿será poco?» y él siempre se encogía de hombros. Yo, al verles, aceleré el paso y fui directo a la charcutería para no correr el riesgo de ser reconocido. Hasta haciendo la compra, qué hastío, se notaba que estaban enamorados.

Ah, sí, casi se me olvida: en una ocasión, al poco de mudarse, me pareció verla a ella desnuda. Aunque la verdad es que no estoy seguro. Las cortinas estaban medio corridas y ella pasó doblando una toalla o algo así. Blanquísima, mi vecina. Muy flaca. Las costillas dibujadas como con rotulador. Juraría que iba completamente rasurada. O al menos eso me pareció, ya digo que no prestaba mucha atención.

En fin.

Más o menos así era mi relación con mis vecinos. Hasta el viernes pasado, a eso de las dos de la madrugada. Yo seguía anclado a la pantalla del ordenador. Me esforzaba por insuflar algo de vida a un cuento que había nacido ya muerto, el cordón umbilical ahorcándolo fatalmente. Cuento asfixiado y azul. No tenía punto de giro, no había evolución en el personaje, no tenía alma, era una mierda. Y entonces le vi.

Una figura en el balcón, fumando. Estaba oscuro y el resplandor de la farola llegaba difuso tan arriba. La luz perfilaba la silueta, pero no la revelaba del todo. La punta del cigarro se encendía roja cada vez que él daba una calada. Al principio, no le di importancia, pero luego me fijé. Ese hombre que ahora fumaba en el balcón de mi vecino era claramente más corpulento que mi vecino. Más bajo también, más rotundo. La farola delineaba sus músculos, los bíceps tensos, la tableta de chocolate que seguro mi vecino nunca tuvo. Estaba desnudo o, como mucho, en calzoncillos. Yo le observaba muy muy quieto, las manos suspendidas sobre el teclado. Y, entonces, ese hombre, que en modo alguno era mi vecino enamorado, me miró.

Me miró, y vio que yo le estaba mirando, y me sostuvo la mirada. A pesar de que yo estaba a oscuras, la luz de la pantalla debía iluminar mi rostro fantasmalmente. Los escasos metros que nos separaban se me hicieron, de pronto, todavía más ridículos. El sofá, la tele, el revistero, la mesilla, el *pouf* para los invitados, todo a oscuras y todo evidentemente superfluo. El salón era sólo un marco desde el que se precipitaba el balcón y la silueta del desconocido. Enfrente, entre las sombras, la punta roja del cigarro chispeó una vez más, apuntándome. Le vi torcer el cuello de adúltero, levantar la cabeza con desprecio y echar el humo. Luego se giró y volvió al piso. No me saludó.

Al día siguiente, por la mañana, mis vecinos no salieron a compartir su cigarrillo. Tan sólo durante unos segundos intuí, a través de las cortinas danzarinas, a mi vecina cambiando las sábanas de la habitación.

La semana pasó y yo me las apañé para parir un cuento sorprendentemente bueno. Uno de esos relatos sencillos que desvelan verdades esponjosas. Me nació del tirón el cuento, y en cada párrafo temblaba una luz de campo recién amanecido.

Cuando una vez más llegó el sábado, a eso de las once de la mañana, mis vecinos enamorados volvieron una vez más a su balcón, como si nada, como siempre. Venían riéndose de alguna broma común que, seguramente, nadie más entendería. Despeinadísimos. Mientras ella fumaba acodada en la barandilla, algo ausente, él le pasaba la mano por la espalda con suavidad.

Yo me levanté entonces de mi escritorio, crucé el salón, salí a mi balcón y, abriendo mucho los brazos, les dije:

—¡Buenos días! Vaya día más estupendo hace hoy, ¿verdad?

ESPEJISMOS

EL PRIMERO EN verla y en confundirla es el perro de H. El perro la ve y mueve la cola y ladra alborozado y tira de la correa para saltar a sus brazos. H va fumándose su pitillo de las ocho y cuarto ajeno a todo, ajeno a ella, cuando los ladridos del animal le obligan a voltearse y descubrirla. Casi levanta la mano para saludar. Abre la boca, se le cae el pitillo y piensa: esa muchacha delgada y transparente que ahora mismo cruza el paso de cebra como si anduviera sobre las aguas es A.

Tiene que ser forzosamente A, se dice H, aunque en modo alguno puede ser A. Pero desde luego se parece a A. Tanto como sólo A puede parecerse a ella misma. Sólo que no lo es, no puede serlo.

Y no puede ser A, razona H todavía con la boca abierta y sin cigarro, porque en ese momento, A se encuentra a varios centenares de kilómetros de aquel paso de cebra. A trescientos cincuenta y seis kilómetros, para ser exactos. Aprovechando el puente de mayo, A decidió pasar unos días en el pueblo levantino donde se crio; el tiempo justo para ver a la familia, saludar a viejos amigos, comer paella y langostinos, pasear junto al mar inmutable: esas cosas. El mismo H fue quien le compró el billete de AVE por Internet, preguntándole si prefería ventanilla o pasillo. En cierto momento, H lo recuerda muy bien, A dudó sobre qué sandalias llevar y sobre si le convenía más chaqueta o rebequilla. Los dos cogieron la línea 3 e hicieron transbordo en Sol. En la estación de Atocha se dieron un beso breve, automatizado; A tenía miedo de perder el tren, aunque todavía disponía de unos arrastrados diez minutos. Por lo tanto, se dice H, si A está de vacaciones, tal y como debe ser, tal y como es, resulta a todo punto imposible que en ese instante esté también ahí, levitando sobre una calle de Madrid, colocando un pie delante y luego el otro, falda corta y retadora. Sus piernas flacuchas (imposible

confundir esas rodillas como nueces de California) guiñando la luz de los faros de una camioneta de reparto. Su cuerpo bamboleándose sobre unos tacones vertiginosos, mucho más vertiginosos de los que A, la A que H conoce tan bien, acostumbra a usar.

Dando un salto, el joven se esconde tras un árbol seco, de sombra mendigante. Desde allí, espía a la muchacha que aunque no puede ser A, es igual a A.

El perro brinca y ladra con esa pasión incondicional y estúpida que sienten los perros por sus dueñas flacas. Agazapado tras el tronco, H le hace gestos para que se calle: chsss, chsss, tranquilo, ¡eh!, tranquilo. El animal prosigue su recital perruno: guau, guau, mírame, oye, estoy aquí; ráscame la tripa, guau, guau, reguau, un escándalo, imposible no fijarse. La muchacha, que a pesar del parecido milagroso no puede ser A, termina entonces de cruzar el paso de cebra. Ahora está a sólo una decena de metros de distancia, tan tan cerca. El perro sigue erre que erre, ladra que te ladra, guau, guau, grrrrr, guau. Desesperado, H tira de la correa y obliga al animal a volar despedido tras el árbol. H le agarra con una mano el hocico, aprieta con intención de hacerle daño. El chuchó se retuerce como un acordeón. H reza para que la muchacha, que es absolutamente imposible que sea A, no le haya visto.

Permanece allí, escondido, durante cerca de un minuto. Un minuto eterno, compuesto por sesenta inacabables segundos. Justo enfrente, dos viejecitas le observan desde un banco. Comentan víboras entre ellas. H les sonríe, como quitándole importancia al asunto. El perro le muerde el pulgar. H contiene un grito. Una de las ancianas saca un móvil del bolso y le hace una foto.

Finalmente, el joven reúne el valor necesario para asomarse desde su refugio. Al principio, no la localiza por ninguna parte. Por alguna razón, eso le asusta. Termina por distinguirla encaminándose hacia la boca de metro (hasta de lejos es igualita a A, parece mentira). Ya ahora comienza a bajar. H contempla embobado cómo aquel cuerpo clavado al de A desaparece escalón a escalón. El pavimento la engulle como si jamás hubiera existido.

H pestañea seis veces seguidas. Inspira y expira otras dos. Posiblemente no es consciente de ello, pero aprieta tanto las manos que se clava las uñas en la carne y se aplasta irremediamente la línea de la vida y la del destino y un poco la del amor. Por fin, sin pensar, coloca a su perro bajo el brazo (la forma de llevarlo recuerda al modo en que los jubilados cargan con su barra de pan)

y sale a todo correr. De reojo, ve cómo una de las viejas le increpa levantando un dedo huesudo.

Se zambulle en el metro. Salta de dos en tres los escalones de la escalera mecánica. Introduce el bonometro en el torno y prosigue su carrera ante la vigilancia sonámbula de los guardas de seguridad. Tiene ante sí dos pasillos diferentes, cada uno marcando un recorrido inverso. Escoge uno sin atender siquiera a dónde va.

Una quincena de personas se alinean en el andén. Aunque ésa es una parada concurrida, las vacaciones han despoblado la ciudad. H lleva a su perro en brazos. Ha pasado de cargarlo como si fuera una barra de pan a sostenerlo como un padre que acuna a un adorable bebé. Aunque, claro, el perro se muestra mucho más inquieto que un niño rubicundo, se parece más a una anguila, en realidad, una anguila que muerde con saña y arremete a traición, maldito chucho, con sus patas peludas. H estira el cuello intentando ubicar a la muchacha que es el vivo retrato de A. Un tren irrumpe en la estación, trac-trac-trac-trac, lo ensordece todo. Ya la gente se dispone a su viaje, se colocan expectantes frente al borde amarillo, por favor, no traspasen esta línea. Las puertas del metro se abren y escupen señoras con bolsas del Corte Inglés, mientras engullen a su vez adolescentes de mirada estrangulada y pelo excéntrico, y H reza para no haberse equivocado de andén. El metro emite su pitido característico; en breves segundos arrancará de nuevo y pobre del infeliz que se quede fuera. Justo entonces, H distingue el perfil inconfundible de A. La muchacha acaba de entrar en un vagón inalcanzable (el siguiente al siguiente, para ser más exactos). El tren renueva su insistente pitido y al joven se le escapa un gritito. Finalmente, termina dando un salto suicida al vagón más cercano. Una milésima de segundo después, las puertas automáticas se cierran con hambre de guillotina.

Todavía con el perro en brazos (ahora lo sostiene como si fuera un martillo pilón, la cabeza boca abajo y la cola fustigándole la mejilla), H comprueba que, a través de la ventana que comunica los vagones, le es posible ver a la muchacha que, si no es A, como mínimo es la gemela desconocida de A. Entre el campo de visión de H se sitúan varias ventanas de tren y una marabunta de turistas alemanes, de manera que él intuye más que ve a ese fantasma tan carnal de A. La joven se sujeta a una barra y atiende con indiferencia al móvil. H se obliga a notar que el *smartphone* es un modelo considerablemente más

voluminoso que el de A, seguramente, más moderno y caro.

Llegan a una nueva estación. H aprovecha para cambiarse corriendo al vagón contiguo. Ahora que se encuentra más cerca, y de nuevo a través de la ventana que une los vagones, H puede contemplar su objetivo con mayor detenimiento. La muchacha, que bajo ningún concepto puede ser A, luce además algunas diferencias notables con A, al menos en cuanto a estilismo se refiere. No sólo son los tacones vertiginosos, que A nunca supo soportar ni lucir con estilo. También están las medias oscuras y sinuosas, que A despreciaría precisamente por sinuosas y oscuras. Además, destacan los pendientes de aro, demasiado ostentosos para el gusto de A, y la camisa negra, bien ceñida y semitransparente, que permite intuir un sujetador con encaje masticable que a H no le consta que moldeara nunca los pechos de su novia. Por si fuera poco, la muchacha luce un maquillaje muy diferente al que A acostumbra a usar. Sombra de ojos abundante y enigmática. Labios rojos como un navajazo que le desborda la boca. Esta copia de A parece mucho más segura de sí misma que la A real. La prueba (cavila H) está en esa espalda tan recta, la forma sutil pero para nada casual en que se acaricia la coleta, ese mohín de suficiencia de sus morritos rojos mientras consulta y escribe en el teléfono móvil.

Sin dejar de practicar malabares con su perro (que está empeñado en rebanarle el pulgar de un mordisco), H constata con juicio de notario que, exceptuando estos detalles, digamos, externos, la joven posee exactamente el mismo físico que A. Las mismas orejas microscópicas, el mismo cuello navegable, las muñecas quebradizas, la misma fotocopiada estatura, un metro sesenta y tres. Absolutamente todo igual. Pasan dos, tres, cuatro estaciones. H se descubre planteándose la posibilidad real de cruzar de vagón, acercarse y probar a entablar conversación con esa muchacha que es igual a A pero que posee (es evidente, salta a la vista) una suficiencia y confianza mayor que A. Y que, además, en la cama debe comportarse de un modo muy diferente al de A, eso piensa H.

A través de la ventana, H puede ver cómo en ese instante la doble de A compone una cara de sorpresa. Por lo visto, ha reconocido a una de las figuras que recién acaban de entrar en el vagón. La joven da dos pasos y roza el hombro de una muchacha embutida en un vestido de algodón de azúcar, estilo años sesenta, que en ese momento se da la vuelta y ofrece un grito exaltado.

H no da crédito: él ha visto ya mil veces antes esa expresión de sorpresa jovial. Y es que (efectivamente) esa nueva muchacha es también una copia exacta de A, que a su vez resulta ser una copia exacta de la muchacha que H lleva veinte minutos espiando en el metro. Las dos jóvenes comparten un par de besos, cuyo efecto es el mismo que el de ver a alguien estrellando sus labios contra un espejo.

De la impresión, H baja la guardia y el perro aprovecha para morderle la pierna, muy cerca del escroto. H suelta un alarido. Deja caer al animal, que se da de hocicos contra el suelo. Todo el vagón niega con desprecio. Hay cuchicheos y dedos engarfiados que le señalan. H sigue cotilleando por la ventanilla y no da crédito. Las dos copias de A charlan animadamente, mariposeando con las manos para remarcar tal o cual frase. Dos asientos quedan libres y ellas los ocupan, cruzando las piernas con una coordinación de *ballet* clásico, el mismo tempo, el mismo gesto, la misma pantorrilla y el mismo tobillo de cristal de Murano. Se ríen a la vez, echando la cabeza para atrás y llevándose una mano a la boca, pero sin llegar a ella, gesto mimético y extraño. Aunque no las oye, en la cabeza de H relampaguea la risa de su querida A, surgiendo dividida de aquellas dos bocas idénticas.

La nueva A luce, igual que la anterior, varias diferencias de estilo y personalidad respecto a la A original, la A de H. Viste un vestido color leche agria con ribetes negros, muy en la línea Peggy Olson de *Mad Men*. En el rostro, mejillas pizpiretas y unas gafas de pasta tremebundas, todo como secuestrado de una revista de tendencias. Su bolso luce el logotipo del *New Yorker*, bordado a mano. H la observa alucinado. Se percata de cómo esa nueva encarnación de A marca su muñeca con cuatro o cinco pulseras de festivales de música, cosa que, desde luego, la diferencia de A, que no soporta las aglomeraciones ni el MDMA ni las *groupies* ansiosas por dejarse devorar. Seguro que esa versión de A jamás diría algo parecido a «¿por qué te has pedido otro *gin-tonic*, si ya son las dos y media y mañana es jueves, y ya sabes lo mal que te sienta madrugar, y, además, ya no eres tan joven?». Seguro que a esa nueva versión de A le gusta bailar con los brazos en alto, los ojos cerrados, la cintura vulnerable.

De pronto, las dos muchachas se levantan y H comprende (algo tarde) que su intención es la de apearse en la próxima parada. El joven intenta recoger a su perro, pero éste no se muestra dispuesto a convertirse de nuevo en una

barra de pan, un bebé, una anguila o un martillo pilón. De hecho, el perro le amenaza con unos dientes prehistóricos que, la verdad, H no entiende cómo caben en ese cuerpecito de osito de peluche. El resto del vagón le observa con menosprecio. Un rumano, vestido con un traje de la posguerra, se levanta y le recrimina algo en su idioma. El tiempo apremia, el tren hace piiiiiiiiiii, amenazando con marcharse. H prorrumpe en un grito, que tiene el objetivo de infundirle ánimos, y, de un fuerte tirón a la correa, obliga al perro a salir volando tras él, envuelto en un quejido lastimero. Las puertas se cierran y la cola del perro por un pelo no lo cuenta.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, H sigue a los *doppelgänger* de A. Las observa fascinado. Algo tan simple como andar, piensa, puede contener miles de matices. Por un lado, la seguridad de mujer que se sabe mujer de la primera A, que se traduce en un contoneo de culo severo e inalcanzable; por otro lado, el aire coqueto a la vez que pomposo de la segunda A, que se plasma en esa mano como abandonada, que se balancea apostillando cada paso. Es curioso, reflexiona, cuántas posibilidades guarda un mismo cuerpo.

Nada más salir del metro, las dos A se encuentran (por supuesto, cómo no, a su modo resulta lógico) con otras tres A más, que, al parecer, las estaban esperando. Se abrazan y besan; duplicidad inaudita de labios apretados, de uñas sin morder, de manos que repiten dedos, de ojos que se miran en otros ojos que son iguales a los ojos que miran. En seguida, los espejismos parten hacia un destino desconocido. Al contemplar esos cinco culos iguales avanzar al mismo ritmo manso, el cerebro del joven no puede hacer otra cosa que desconectarse. Se queda quieto como un maniquí, totalmente noqueado. Como resultado del *shock*, sus manos se vuelven mayonesa y la correa se le escapa. En cuanto se descubre libre, el perro se lanza hacia ese milagro del pan y los peces que Dios ha hecho con su dueña. H se muerde la lengua, obligándose a reaccionar. Desesperado, corre tras el perro, que no deja de ladrar, requeteguau. Siempre, en el último momento, termina arrojándose para pescarlo. Rueda por la acera de un modo bochornoso. El grupo de fantasmas de A no parecen percatarse del espectáculo. H placa al animal con brazos, barbilla y axilas. A continuación, se embarca en una persecución hipnotizada, sin apenas disimulo.

De nuevo, el físico clavado de A aliñado con unas diferencias notables en

el estilo y la forma de andar. Una de estas nuevas intérpretes viste como una ejecutiva caníbal, con traje azul hipoteca, falda estrecha por las rodillas y chaqueta de hombre. Otra asfixia sus piernas con un pantalón de cuero negro; en la cintura, cadenas de motorista; en la espalda descubierta, el tatuaje de un dragón. La tercera se pasea con un peto desgarrado como el de Daniel el Travieso, unas manchas de pintura (típicas de los grandes artistas) ensuciándole la ropa y las manos. Qué inteligencia depredadora que A no tiene, qué sueños nihilistas que a A asustan, qué descaro saltimbanqui que A jamás luciría con tanto orgullo. El heterogéneo y a la vez mimético grupo no deja de carcajearse ni un momento. En lo que más iguales resultan, piensa H, es en su risa.

Terminan deteniéndose en un portal en nada diferente del resto de portales madrileños. Lllaman al timbre y esperan. En seguida les responde un zumbido y la puerta enrejada se abre. Una a una, mágicamente, las muchachas se sumergen en aquel edificio de ladrillos monótonos. H no sabe qué hacer. Durante un rato deambula por la acera de enfrente (arriba y abajo, abajo y arriba) fingiendo pasear al perro. En el cielo, la noche reparte brochazos violetas que se van espesando sin prisas. No asoma ninguna estrella.

Pasan así cinco minutos. Por primera vez, H dispone de algo de tiempo para meditar sobre lo visto. En el momento en que se cumple el minuto cinco de su guardia, H ve cómo un grupo de seis jóvenes exactamente iguales a A doblan la esquina. Aparecen carcajeándose, confiadísimas y perfumadas. Una balancea en la mano un libro de Thomas Mann, la otra luce un moño de profesora de inglés, la tercera es toda hombros hundidos y pupilas tímidas, su gemela parece cínica y del PP, la penúltima tiene pinta de gustarle los hombres de tres en tres, por delante y por detrás, a la última, sin duda, seguramente, lo que le llena es sentir el viento helarle la nariz sobre la cima de un ocho mil. H las observa más consternado que sorprendido. Las nuevas variantes de A se dirigen al portal, llaman, esperan el zumbido y terminan desapareciendo igual que las anteriores, como si su presencia no tuviera importancia y su desaparición fuera inevitable. Dos minutos después, llega otro clon solitario, vestida en este caso de colegiala japonesa, con la pechera repleta de chapas de superhéroes de la Marvel. Al poco, otro grupito de cuatro cruza a menos de dos metros de él. El perro se vuelve loco y las saluda dando saltos, babeando como un enamorado. Una de esas A que H sabe que no es A, porque viste un

chándal de táctel rosa que A nunca tocaría, extiende un dedo confiado y roza la nariz del perro. Dice «qué mono», y sigue su camino sin mirar atrás.

En aquel edificio aburrido como un día de colegio, alguien abre una ventana. Es en el tercer piso. Desde allí, se deslizan en cascada hasta la acera las notas irónicas de una canción de Rita Pavone, *datemi un martello, eh, eh, che cosa ne vuoi fare?*, y se mezclan también varias voces transparentes que se superponen iguales, «¿qué tal con W?», «ayer G y yo fuimos al circo», «de verdad, no sé cómo soportas a ese idiota de T», la misma risa centelleando en la noche y duplicándose, exponencial y temblorosa, hasta el infinito. H se queda como pasmado mirando la ventana abierta, fascinado por la luz amarilla que se vierte desde ella. En cierto momento, se asoma una mano femenina, armada con un cigarro. A los pies de H cae un poquito de ceniza. El joven se acuclilla y toca con la yema del dedo esa deshecha mancha gris. En casa, H tiene que salir a fumar a la calle porque A no soporta el tabaco. Cuántas noches le ha dado ella la murga con que debería dejar de fumar, cuántas cenas le ha estropeado con sus «si lo digo es por tu bien, me preocupas, ¿no ves que eso te está matando?».

Justo en ese instante, un taxi se detiene enfrente de H. De él, baja una muchacha que es exactamente igual a A. De hecho, viste unos pantalones tejanos descoloridos que A muy bien podría vestir y luce una rebequita que H, por un segundo, cree reconocer como la de A. La muchacha se gira y, al hacerlo, H descubre que en sus brazos carga un bebé dormido y rosado. El taxista (un señor sorprendentemente joven, bien afeitado, que no tiene pinta de escuchar la COPE) se baja y ayuda a la mujer a descargar y montar el carrito. H les contempla paralizado, a no más de dos, tres metros de distancia. El perro ladra y mueve la cola exigiendo atención, pero nadie repara en él. Una vez el carrito está listo, la muchacha sienta al niño. Éste duerme plácidamente en su pijama color azul porcelana. Los morritos abiertos podrían ser los de una A diminuta. La muchacha se acerca hasta el portal y llama al timbre. El taxista se despide sacando la mano por la ventanilla; el motor del coche emite un rugido higiénico, el tubo de escape no emite ni una voluta de humo. Suena el zumbido, y carrito y muchacha desaparecen inocentemente. H se queda boquiabierto mirando el vacío que aquella madre que A no es y aquel niño que A no tiene han dejado.

Se da cuenta, entonces, de que, quién sabe si por los agobios que trae la

maternidad, la joven se ha dejado la puerta abierta. Es sólo una rendija minúscula, que el mismo viento podría terminar por cerrar, pero que de momento se mantiene disponible y tentadora. Idiotizado, H se acerca despacio y empuja la puerta con dos dedos. Ésta se abre en silencio, con la docilidad de una trampa para osos. Frente a él, se extiende un rellano de baldosas que huelen a lejía, una escalera y un ascensor que son el colmo de la normalidad. Desde el tercer piso llegan los gritos exaltados de las otras A, que reciben al bebé que podría ser también suyo. Antes de que comience a ladrar, H aprisiona de nuevo la boca de su perro (lo carga ahora como si fuera un fusil de asalto) y sube sigiloso las escaleras. Se detiene frente al tercero B. Desde ahí surge nítida una música de *bossa nova*, aliñada mágicamente con las risas calcadas e infinitas. H traga saliva. Llama al timbre.

Le abre una A vivaracha, precedida por un delantal salpicado de manchas de tomate, en la mano un guante de cocina. H ni siquiera le dirige la palabra; de un empujón termina de abrir la puerta y entra dando enérgicas zancadas. En el pasillo tropieza con dos A más; una, bocona y de pechos operados, la otra, con el pelo corto y pajarita en el cuello, entre los dedos una cámara de fotos réflex. H las ignora y sigue recto, hasta llegar al salón. Allí, unas veinte o treinta A le observan confundidas. Casi todas sostienen una copa en la mano, beben vino o cerveza, aunque alguna prefiere Fanta de naranja o té o manzanilla. Una gran mayoría fuman copiosamente. Cada una es diferente y todas son la misma.

H escoge al azar a una de esas muchachas, esforzándose por no mirarla (se niega a catalogarla en ninguna de las posibles variantes que A admite) y le entrega al perro como si fuera un saco de basura. El animal lo celebra lamiendo el rostro de su nueva vieja dueña. Sin mediar palabra, sin dedicar siquiera una última mirada a ninguna de aquellas muchachas que no son A, que no pueden ser A, o al menos no la A que él conoce, H se da la vuelta, sale del salón, cruza el pasillo, atraviesa la puerta del tercero B, baja las escaleras a todo correr, vuelve a la calle, sigue recto y sin dirección, tuerce varias veces, se pierde gozosamente, entra en un bar, se sienta y pide un Brugal con Coca-Cola y luego otro y luego uno más; en el baño se mira en el espejo y se reconoce: ése es él, ésas son sus ojeras, ésa, su boca, ése, su mentón. Cierran el bar y H busca otro, uno sepultado bajo luces de neón, entra y pide su cuarto Brugal (¿o era el quinto?, qué más da), pide también un chupito de tequila,

chupa la sal, muerde el limón, vacía el vaso de un trago, se pasa una mano por la cara, y, finalmente, tomando primero aire y dejándolo ir concienzudamente después, se acerca hasta una muchacha que no se parece en nada a A, y apoyándose en la barra, más digno de lo que uno imaginaría, le pregunta «¿bailas?».

COMA

1

EL MEXICANO BORRACHO me dice: tu padre es un héroe.

También dice: en el cielo de Arreit, se balancean impasibles las siete lunasoles. Resplandor difuso como de película francesa de los sesenta. Y además: la estepa se extiende devastada y naranja y los pulicrontes cabalgan en ordenada formación.

Ochenta mil pulicrontes, me jura, me insiste el mexicano, ochenta mil pulicrontes grandes y peludos como mamuts. Patas como columnas dóricas. Cuernos de macho cabrío. Rostro de gorila. Imagínatelo, me dice: el sonido de sus pasos es ensordecedor. Imagínatelo: sobre cada pulicronte cabalga un guerrero fiero. Llevan lanzas decoradas con plumas de toitxail y la barbilla alzada de los valientes. Es así, nomás. Es verdad. ¿Qué gano yo mintiéndote? Cicatrices en las mejillas. Parches en el ojo. Máscaras de cerámica que esconden quemaduras horribles. Todo un pinche ejército. Imagínatelo.

Y en el centro de la formación, algo adelantado, el Gran Soñador dirigiéndoles. Sabe que la batalla final está cerca, pero no siente miedo. Insiste mucho en eso, el mexicano, varias veces, como un disco rayado, no siente miedo, no siente ni una miguita de miedo. El Gran Soñador es el mejor estratega que los manuscritos de Arreit han conocido. Su voluntad es fuerte como la de un recién nacido. El Gran Soñador, óyeme bien, güerito, jamás ha perdido un combate.

Es un héroe.

El adorado elegido.

El Gran Soñador es mi padre.

Eso me dice y me repite y me vuelve a repetir el mexicano borracho, qué tostón, mientras me roba dos patatas de mi menú de cafetería de hospital.

El mexicano borracho apesta a tetrabrik de Don Simón. Tiene el tamaño y la forma de un buzón de correos. Sí. Igualito que un buzón de correos. Bajito, compacto, redondo. Unos sesenta y pocos años. O cincuenta y muchos mal llevados. Barba mal rasurada. En la manga, un pegote de mocos secos.

Yo le digo que me deje en paz. Él me dice que mi padre le envía. Yo le digo que está loco y que yo no hablo con locos. Él me dice que el destino de todo el pinche universo depende de mí. Eso me dice y, sin dejar de mirarme a los ojos, tantea mi plato con una mano y se lleva otras tres patatas fritas a la boca.

El mexicano borracho se relame. Muy lentamente, igual que un niño aplicado que lee en clase, repite: el-des-ti-no-de-to-do-el-pin-che-u-ni-ver-so.

Yo blasfemo, me cago en su sangre azteca, le amenazo con la autoridad. Voy a llamar a la policía como no te largues o, al menos, voy a avisar al encargado de seguridad, te van a echar de aquí, te van a pedir los papeles, te vas a enterar. Él se ríe. Restos de patata frita machacada sobre su lengua morada. Otra vez: tu padre, carnal, tu padre es quien me envía.

El resto del comedor nos observa fingiendo no observarnos. Burbuja de silencio impostado a nuestro alrededor. Una familia muy formal, con padre calvo, madre teñida de rubio platino e hija con gafas de pasta, me estudia arrugando la nariz. ¿Me recriminan así la forma en que trato al mexicano borracho? Está borracho, el mexicano está pirado. Cuando sonrío, puedo verle brillar dos dientes de oro.

Es la purita verdad, me asegura.

Qué peste.

No soporto esa peste de borracho.

Me levanto, dejando el menú del hospital a medias. Sé que es mejor no decir nada. Siempre es mejor no decir nada. Inútil razonar con un borracho. Lo sé de sobra, a la fuerza he aprendido. No debería decir nada, pero callarme nunca ha sido mi fuerte. Le respondo: mi viejo, imbécil, lleva en coma más de dos meses. El mexicano borracho se abalanza sobre el menú abandonado, qué asco, de un puñado hace desaparecer cuatro patatas más. Veo sus dientes de

oro. Su expresión de iluminado que ha visto a la Virgen. Chamaco, precisamente porque tu padre está en coma, suspira, mastica el mexicano, tu padre está también en Arreit, dirigiendo un ejército de ochenta mil pulicrontes, y va a salvar al pinche universo. Me supera. Pestaño varias veces. Menuda peste. Termino por darme la vuelta e irme.

2

Atardece y llueve.

Es tan idóneo que resulta postizo.

Estoy en un hospital, fumo un cigarrillo, atardece y llueve.

Bajo el soportal de la entrada principal, nos agolpamos algo así como media docena de fumadores. Uno, dos, tres, ocho. Ocho fumadores. Todos miramos caer la lluvia y caer el sol con la misma expresión ausente. Anónimos duplicados exactos. Así es. Hay que saber reconocer estas cosas. Todos, sin excepción, tenemos algún familiar o novio o amigo o yo qué sé que se estira sobre una de las camas verdes del hospital. A alguno, incluso, se nos está muriendo el padre. Sorprende pensarlo, todavía. En este preciso instante, mientras termino mi Ducados, mi padre (y el padre de cualquiera de mis hermanos de nicotina) podría, finalmente, tensar ese tendón del cuello con forma de espagueti y tomar su último respiro, directo a la nada. Sopeso esa posibilidad. La posibilidad real de que mi padre muera en la habitación 402 mientras yo veo llover y atardecer. En una escala del uno al diez, me importa una puta mierda.

Salvar al universo. Mi padre. El mexicano borracho, además de borracho, es también idiota.

Tengo una llamada perdida de Samuel. No me apetece nada hablar con él. Lo llamo.

Hola. Hola. ¿Cómo anda el viejo? Igual: quieto. Y tú, ¿cómo estás tú? Quieto también, aquí no hay mucho que hacer. ¿Te llegó la transferencia? Me llegó. ¿Todo bien? Todo bien. Oye, he contactado con Rosa. Ya era hora, ¿qué dice? Dice que se opone, pero que, si ya lo hemos decidido, ella no puede

hacer nada para impedirlo. O sea, que se desentiende, como ha hecho toda la puta vida. Sí. Y Rafa, ¿has hablado con Rafa también? A Rafa le da igual. Ya me lo imaginaba. No, es más que eso: Rafa dice que, para él, el viejo murió ya hace mucho, me ha dicho que ni siquiera lo llamemos para el funeral. Joder con Rafa. Sí, siempre los tuvo cuadrados. El más listo de los cuatro. Sí.

Llevamos dos minutos de conversación y ya no tenemos nada que decirnos. La verdad es que nunca hablamos mucho Samuel y yo. Ni siquiera de pequeños. Pero siempre nos soportamos bien. Más o menos. Nos respetamos, por decirlo de alguna manera. Aunque ésa no es la palabra correcta. A ver: nuestra relación fue siempre como la de dos desconocidos que viajan en autobús. El viaje es largo. El asiento, un potro de tortura. Después de varias horas las extremidades se entumecen. Lo único que uno quiere es levantarse y gritar y llegar de una puñetera vez a su destino. Y, por qué no, también le apetece darle un empujón al vecino de asiento: sin él, se viajaría mucho más ancho. Ésa es la verdad. El caso es que, de vez en cuando, alguno de los dos viajeros mira al otro y, sin hablarle (no olvidemos que son desconocidos y los desconocidos no hablan con otros desconocidos), le dedica una sonrisa torcida. O un encogimiento de hombros. Algo así. El otro viajero responde asintiendo con la cabeza. Como diciendo sé perfectamente por lo que estás pasando. Ir en autobús es una mierda. Los autobuses viajan lento y son incómodos. Todo el mundo lo sabe y no se puede hacer nada para cambiarlo.

Bueno, pues creo que ya está, le digo a Samu. Decidido, entonces, responde él. Sí. Perfecto. Listo.

Estoy a punto de despedirme cuando le oigo suspirar.

Oye, no sé si contarte una tontería. Pues no sé, tú verás. Es una bobada. Oye, no te hagas de rogar. Es que anoche soñé con él. ¿Con quién, con el viejo? Sí, con el viejo. Vaya. Sí. Samuel, ¿no irás ahora a cambiar de opinión? No, no, tranquilo. No me jodas a estas alturas. No, en serio, es sólo que quería contarte mi sueño, necesito contarte mi sueño. Bueno. Será un momento. Está bien. Venga, cuenta. Estaba desnudo, bañándose en un río enorme, un río rojo. ¿Cómo? ¿Qué? En mi sueño, te hablo de mi sueño. En mi sueño el viejo se bañaba en un río rojo. ¿Rojo? Rojo, sí, señor; pero no rojo sangre, más bien rojo lentejuela o rojo rotulador Carioca. ¿Te acuerdas de los rotuladores Carioca? Claro que me acuerdo, los del *cowboy* narizón. Pues de ese color era el río de mi sueño. Qué cosa más rara. Sí, y además el río brillaba: era un río

rojo Carioca fosforescente. Más raro todavía.

Las puertas automáticas del hospital se abren y aparece una enfermera. Es guapa. Piernas morenas bajo la bata blanca. Culo respingón y desbordado. Se me acerca con un cigarro en la boca. Lo señala interrogante. El cigarro. Señala el cigarro con una interrogación en las pestañas. Yo asiento y busco mi mechero.

Estaba desnudo el viejo, con el agua roja por las rodillas, y se le veía feliz. Ajá. Parecía más joven, más tranquilo, no sé cómo explicarlo. Tómate tu tiempo, Samu, no te apures, tienes toda mi atención.

Enciendo el cigarro de la enfermera. Me sonrío. Labios sinuosos, prometedores. Las arrugas de sus ojos la delatan: debe pasar holgadamente de los treinta y cinco. Pero no le importa. Conozco a ese tipo de mujeres. Le gustaban a mi padre, ese tipo de mujeres. Mi hermano no se calla.

Llevaba una lanza en la mano y miraba el agua. ¿Una lanza, dices? Y en cierto momento, zas, el viejo hundió la lanza con mucho estilo. Qué cosas más raras sueñas, coño. Fue un movimiento elegante, como de acróbata de El Circo del Sol, y empaló una cosa inflada y viscosa. De verdad, qué sueños más raros los tuyos. Y, entonces, justo antes de que yo despertara, el viejo levantó la cabeza, así, tensando mucho las venas del cuello y me gritó. ¿El qué? No lo sé, algo que tenía que ver contigo y conmigo; nos recriminaba algo, el viejo. Bueno, eso ya es más normal, ahí sí que le reconozco.

Mi hermano resopla. La enfermera se aparta dos pasos. Cruza un brazo sobre sus pechos. Sabe que la miro.

Qué sueños más raros tienes, joder, le digo al teléfono. Ya ves. Tiene que ser curioso eso de alucinar así. Yo, mira, nunca recuerdo mis sueños. No, si yo normalmente tampoco, pero éste no me lo quito de la cabeza. De verdad, Samu, ya te digo, hace años que no recuerdo ningún sueño, duermo como un bendito.

La enfermera toma una calada. Muy profunda. Al hacerlo, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Como si quisiera asfaltarse cada recoveco del cuerpo con nicotina y delicioso alquitrán. La sorprende vigilándome de reojo. Conozco a ese tipo de mujeres.

Oye, Samu, la verdad es que tengo que cortar. Está bien. Cosas que hacer, ya sabes. Sí, me imagino. Sí, eso es. Bueno, gracias por escucharme. Ya, tranquilo. Oye, ¿quieres que te llame cuando todo esté hecho? Sí, por favor.

Llámame. Perfecto. Es lo correcto, ¿no? Sí, supongo que sí. Venga, un abrazo. Otro para ti.

La enfermera se llama Bárbara y es gallega. Tiene un acento muy gracioso. Y mirada de pirómana. Habla poco. Deja que yo solito me enrede en mi discurso preprogramado. Cuando le insinúo que tengo el coche estacionado en un lugar muy discreto del aparcamiento, la muy escurridiza se ríe. Es exactamente el tipo de mujer que le habría gustado a mi viejo. Guapa. De culo inacabable. Más bien callada. Es una de esas mujeres que, básicamente, hacen lo que les da la real gana. A mi viejo ese tipo de mujeres le volvían loco. Pero se casó con mi madre. La coherencia nunca fue su fuerte. Se ríe, la enfermera, se sigue riendo. Y me mira entre el humo del tabaco.

Le pido el teléfono. Ella se excusa diciendo que tiene que volver al trabajo. Insisto. No me lo puedo creer, le digo. No me puedes hacer esto, le digo. Se ríe. A mí viejo no se le reían. Hay cosas que no se heredan. Otras sí. Otras sí, joder. Me gustaría abrazarla, esta noche necesito que me abracen. En todo caso, me gusta verla irse, contoneándose. Cuando las puertas automáticas la engullen, no se vuelve a echarme un último vistazo.

Era guapa.

Tenía mirada de pirómana.

Enciendo otro Ducados.

Total, no tengo nada más que hacer.

3

Gotas y gotas y gotas y gotas y gotas y gotas y gotas.

Un coche entra en la explanada que sirve de *parking* al hospital. Sus faros hacen brillar los charcos. Maniobra para aparcar y esos mismos faros me ciegan. Pestañeo, y descubro que me ha dejado los párpados sembrados de puntitos de colores. Del asiento del conductor sale un hombre grande como un frankenstein, pero barrigón como un funcionario. Del otro, una mujer chiquitita. Los dos son latinoamericanos. Se les nota hasta de lejos. No llevan paraguas. Corren bajo la lluvia. Los fumadores clonados les observamos

desde nuestro refugio. Me aburro. La lluvia recorta sus siluetas desmañadas mientras saltan charcos. Podrían caerse. Si se cayeran, al menos pasaría algo.

Derrapando, llegan a la seguridad del soportal. Respiran sofocados. Yo dudo sobre la conveniencia o no de aplaudirles. Ella apoya su cuerpecillo en la barriga de piedra del hombretón, y él la mira y no sonríe para animarla. Primero pienso: se les muere alguien. Un hijo, seguramente. Un hermano, quizás. Ése es el tipo de desgracias que te obligan a correr así bajo el diluvio. Eso pienso. Es un pensamiento sensato. Pero luego, de pronto, tengo un fogonazo de intuición. Me fijo en su tez morena, sus rasgos indianos, cierto hastío en la preocupación de ambos. No tengo ninguna duda: son parientes del mexicano borracho. El mismo viejo borracho que insiste en que mi padre es un héroe. Sólo es una intuición. Pero he aprendido a confiar en mis intuiciones. Otra cosa no, pero en mi familia se nos da bien calar a la gente.

Les ignoro, no sea que me relacionen de alguna manera. Hasta aparto la vista y todo. Pruebo a pensar en otra cosa. En el acento gracioso de la enfermera, por ejemplo. En su culo desnudo, con las marcas blancas de las bragas recortándose a la luz de una lámpara de mesilla. Los latinoamericanos entran en el hospital. A través del cristal de la puerta, veo cómo preguntan a un guardia de seguridad. Tan educados con sus hombros caídos y sus ademanes humildes. Tan avergonzados. Míralos. El guardia les señala la cafetería y en seguida ellos siguen el dedo. A puntito están de correr otra vez. Me fijo: a su paso, van dejando un rastro mojado.

Allá a lo lejos, así a lo tonto, el sol ha acabado ya de ponerse.

Tengo frío. La humedad comienza a notarse. Doy una última calada al pitillo. Me quedan dos cigarros, tengo que acordarme de comprar tabaco. Lanzo el Ducados a la lluvia, la colilla traza una parábola perfecta. Me quedo embobado contemplando cómo las gotas gotas gotas gotas gotas aniquilan el cigarro. Agónico hilillo de humo.

Entro en el hospital. Un adolescente de melena aceitosa y camiseta de Judas Priest me detiene solícito las puertas del ascensor. Doy las buenas tardes. Pulso el botón de la cuarta planta. Qué coñazo.

Justo un segundo antes de que las puertas se cierren, veo pasar a la pareja de mexicanos escoltando al borracho loco. Frankenstein lo transporta prácticamente en volandas. La mujer va a su lado, venga a lloriquear, reprochándole su actitud, pinche susto nos diste, pendejo. A él se le ve la mar

de tranquilo.

Yo doy un paso atrás, no sea que fuera a verme. Las puertas se cierran con un suspiro relamido.

4

Deambulo por el pasillo.

No me apetece nada sumergirme otra vez en esa caja de doce metros cuadrados que la Seguridad Social ha dispuesto para que mi viejo se muera. Mejor dicho: para que mi viejo se marchite y acumule polvo. Entrar en coma, le llaman a eso. No sé de dónde vendrá el nombre. Seguramente tendrá una explicación muy técnica, muy aburrida. Me viene a la cabeza la coma que se usa en los textos. Sirve para lo mismo que el coma médico, para hacer una pausa. No te mueres. Tampoco estás vivo. Te quedas congelado.

Mis pies deciden por mí, me llevan a la habitación 402. Justo antes de llegar, oigo voces provenientes del interior. Me detengo junto al umbral. El cuerpo pegado a la pared. Así, en silencio. Y escucho.

Una voz femenina y otra masculina. Reconozco el tono arenoso del doctor. La voz aguda debe ser la de una enfermera. Creo que sé cuál: pelo rizado, delgadez mal nutrida, no la tocaría ni con un palo. Nada que ver con la enfermera gallega. Menudo culo tenía, y cómo se reía. Hablan sobre mí. En la habitación, venga a hablar sobre mí. ¿Pero cómo que no está aquí? Ya ve, doctor. Podría haberme ido hace un buen rato, me he quedado adrede para verle. Es una vergüenza, doctor, una vergüenza. Me prometió que estaría aquí, tiene que firmar los papeles, los permisos, ¿por qué no está aquí? Es que se pasa el santo día deambulando, doctor. ¿Y cuándo dice que volverá? Fíjese, todo el día fuera, y este pobre señor, postrado como está, no tiene nunca a nadie que le vigile. Ni una muestra de cariño, nada. Es inhumano. ¡Ay, si no fuera por nosotras! No puedo esperar mucho más, he quedado con mi mujer, vamos a ir a un concierto al Café Central. Es un hombre muy grosero, doctor, ni se imagina. Se trata de un concierto muy bueno, no puedo llegar tarde. El otro día, Emilia le preguntó a qué se dedicaba su padre, en qué había trabajado, esas cosas, y él se carcajeó y se palmeó la rodilla, y a Emilia le

entró miedo. ¿Pero dónde estará? ¿Tiene que firmar los papeles! Una vergüenza, doctor, una vergüenza.

Una anciana que deambula soldada a un gotero me observa. En los ojos la inquina ácida de las cotillas de pueblo. Yo la saludo con mi mejor sonrisa. Eso siempre las saca de quicio.

Desde la habitación oigo pasos, voces que se acercan: van a salir. Me pongo nervioso. Doy media vuelta y me dirijo de nuevo hacia el ascensor. Cada vez ando más deprisa. Mierda, mierda. Me fijo en una habitación abierta. Parece tranquila. Antes de darme cuenta, ya me he escurrido dentro.

Tengo suerte, la habitación está relativamente desocupada. Tan sólo una señora gorda que hiberna en su cama de hospital. Una pierna enyesada en alto, la cabeza vendada, un ojo morado. Es una de esas señoras mayores que ha ido engordado equitativamente, cadera, tetas, brazos, pies abominables, todo al mismo tiempo y en la misma proporción, hasta transformarse en una gigantesca albóndiga. Al dormir, la señora hace un sonidito raro, como de perro resfriado. En la habitación hay otra cama. Vacía. Recién hecha. Desde luego, huele a cama recién hecha, aroma caliente del suavizante. Me tumbo y apoyo la cabeza en la almohada.

Cierro los ojos.

Pienso en Samuel. Pienso en Rosa. Pienso en Rafa, que los tiene cuadrados. Pienso en mi madre, que en paz descansa, la de penas que ha arrastrado.

Pienso en mi viejo.

Recuerdo la última vez que le vi. O sea, la última vez que le vi consciente, no tumbado en una cama de hospital, acribillado a goteros. Fue hace cuatro años. Más o menos. En una cena a la que nunca debería haber asistido. Menudo espectáculo.

Recuerdo también una mañana de verano, en Asturias. Yo soy muy pequeño, no más de seis o siete años. Éste es uno de mis primeros recuerdos. Mi padre nos enseña a mi hermano Rafa y a mí a hacer que las piedras reboten en el agua de un río-espejo. Nos reímos, nos reímos los tres.

Otro recuerdo. Yo debo de tener unos trece años. Estoy fumando un porro en el zaguán de una casa abandonada. Solo y cabreado con el mundo, vete tú a saber por qué. Porque sí. Motivos sobran. Sobre todo cuando tienes trece años. Él pasa entonces justo por delante de mí. Zigzaguea como un

profesional. Apesta. Tengo esa peste grabada a fuego en el puente de la nariz, la llevo impregnada en los sobacos, no me la podré quitar nunca de encima. Nos miramos y nos reconocemos. Claro que nos reconocemos. Cómo no me iba a reconocer. Se tambalea mientras me mira. Ninguno le dirige una palabra al otro. Cada cual sigue su camino. O, mejor dicho, él sigue el suyo y yo me quedo allí, exprimiendo mi canuto, tan derrumbado como la casa abandonada.

Me reconforta cerrar los ojos.

De fondo, me llega el respirar cómico de la señora albóndiga.

Pienso: ¿estará la frase «entrar en coma» relacionada, de verdad, en serio, con el signo ortográfico de los libros? Si es así, me parece un término puñeteramente incorrecto. Yo sé lo que me digo. Yo lo he visto. Mi padre, ahora, ya no es mi padre. Lo miro por las noches, bajo la luz mortecina del botón de alarma del hospital, y no le reconozco. Se le marca la calavera bajo la piel, como si tuviera prisa por salir. ¿Cómo va a ser ése mi padre? Que no me cuenten cuentos, eso no es «entrar en coma», eso no es una pequeña pausa entre dos frases. Mucho mejor sería decir «entrar en punto».

Quiero decir, a ver si me explico. Hablamos de un machetazo a la vida. Un quiebro a partir del cual el aire ya no lo coges tú, sino una máquina con un globo, que al hincharse suena igual que una botella de butano. Entrar en punto. Eso es. Si tienes suerte, puede que te quede más texto por delante. En ese caso será un punto y seguido. Si no, y así debe ser en la mayoría de casos, se tratará de un delicado, contundente punto final. Y no pasará nada. A qué tanto drama. Será lo correcto. Lo natural. No como ahora, con esos médicos empeñados en congelarnos la lectura de nuestras vidas. Obsesionados con detenernos la calavera cuando quiere traspasarnos la piel. Con sus mascarillas verdes y sus escalpelos, hijos de puta, nos roban la posibilidad de deletrear del tirón las tres letras que siguen a nuestro punto definitivo: F-I-N.

5

Tu padre, dice una voz justo a mi lado, tu padre va a salvar a todo el pinche universo.

Abro los ojos y descubro al mexicano borracho. No me lo puedo creer. Está junto a la cama. Me observa extasiado, me saludan sus dos dientes de oro. Cuando habla, se bambolea un poco. El tufo a vino Don Simón lo impregna todo. Menuda peste del carajo. Es que no la soporto.

Tu padre, chamaco, me dice con voz extasiada, lidera el ejército más grande que Arreit conoció jamás. Y otra vez arranca a hablar, como si recitara una obra de teatro clásico, voz engolada y muchos aspavientos. Ochenta mil pulicrontes, dice. Más de cien mil soñadores. Veinte mil hechizos. Todos bravos y armados hasta los cuernos. Me incorporo un poco y le digo: cállate, hostias, cállate. Y él sigue: le juraron fidelidad las tribus del Valle de la Incoherencia y patatín, patatán, las flores del Campo de Historias, y etcétera. No se calla. Conozco bien a los borrachos. Nunca se callan, nunca escuchan. Sólo hay un modo de quitártelos de encima. El mexicano sigue: dentro de poco, tu padre llegará a la Ciudadela de Puñales y se enfrentará, nomás, por fin, al Definitivo Olvido. Se le saltan las lágrimas al exclamar ¡por primera vez la Alianza de la Luz tiene alguna posibilidad de vencer al Cónclave de la Asfixia! Tu padre —mi padre, dice el muy subnormal— acabará con la tiranía que apachurra al universo desde hace seiscientos mil años.

Y yo: ¡oh, cállate de una vez! ¡Imbécil, pesado!

Y él: güerito, tu padre me ha enviado para decirte que necesita un poquitito más de tiempo.

Y yo, hablándole como si todavía fuera capaz de razonar: mi padre está en coma, ya te lo he dicho.

Y él, incansable, otra vez: óyeme un momento, yo soy epiléptico. Por eso vivo entre dos mundos, la Tierra y Arreit. Cuando tengo una crisis dejo este cuerpo y me convierto en el Explorador de Espejismos Secos. Te lo rejuro. Normalmente, cuando despierto no recuerdo nada de mi otra vida. Pero hoy, ya viste, es diferente. Hoy lo recuerdo todo.

No puedo más. Su peste me marea, me da arcadas. Me enciende la sangre. Oh, por Dios, estás como una cabra, le digo. Intento irme. Él me sujeta. Me agarra del hombro. Todos los borrachos te agarran igual del hombro cuando quieren evitar que te vayas. Dedos afilados clavándose en tu piel. Hacen daño sin darse cuenta, o a lo mejor es que no les importa ya hacer daño. Me grita, su boca muy cerca de mi cara, demasiado cerca. Salivazos de borracho en mi mejilla. ¡No! ¡No! ¡Tu padre me envía, chamaco! ¡Óyeme! ¡Tu padre es el Gran

Soñador! ¡Es un héroe! ¡Y va a salvar a todo el pinche...!

No le dejo terminar. No es culpa mía, él se lo ha buscado. De un puñetazo le reviento la nariz.

Bam.

Ya está. Ya se ha callado.

Su cabeza se bambolea liberando gotitas de sangre. Inevitablemente, se estrella contra la señora albóndiga. Ésta se despierta espantada y explota en un berrido. De un manotazo, se deshace del mexicano. Tiene tan mala suerte que su frente golpea la mesilla. Badablam. Más sangre. Ahí se queda, el borracho, derrumbado sobre las baldosas. Calladito por fin.

¡Ahhhhhhhh!, así hace la albóndiga, completamente desquiciada.

Desde el suelo, el mexicano me mira. Incomprensión y pánico a partes iguales. Ahora sí que aparenta la edad que tiene, incluso más. Se le ve tan viejo e indefenso. De su frente brota sangre. De su nariz brota sangre. Su camisa se empapa de rojo. A mí me tiembla el labio y me tiemblan los puños cerrados, me tiembla el cuerpo de puros nervios y de recuerdos y de vergüenza. No debería añadir nada más. Mi posición ya ha quedado bastante clara. Y, además, con los borrachos es imposible hablar, nunca escuchan. A estas alturas, debería de haber aprendido la lección. Pero, como dije antes, cerrar el pico nunca se me dio bien. Cosa de familia, supongo.

Mi padre no es nadie, le digo. Por no ser, mi padre a duras penas es mi padre.

Y me marcho sin mirar atrás. Salgo al pasillo gritando ¡ayuda, ayuda! ¡Aquí, aquí! ¡Socorro, dense prisa! Actúo como si no tuviera nada que ver con aquel desastre. De pequeño, aprendí cómo debe uno manejarse en las escenas de pánico. Cómo escurrir el bulto. Qué remedio. No quedaba otra. La vida, que es muy puta. O aprendes a sobrevivir o te dan de hostias. Previsiblemente, las enfermeras cruzan por delante de mí como si no existiera. Pasan también, a todo correr, la pareja de mexicanos familiares del borracho. Frankenstein hasta tiene tiempo todavía de pedirme perdón, antes de esquivarme y perderse en la habitación. Me da un poco de pena. Intento no mirarlo a la cara.

Me alejo a grandes zancadas y tropiezo con el doctor.

El matasanos me escruta por encima de sus gafitas aburridas. Ah, así que aquí estaba. Llevo un buen rato buscándole, ya me iba, ¿sabe? Yo me disculpo. Es lo que corresponde hacer en este tipo de situaciones, frente a un respetable

doctor de bata blanca. Aunque estoy un poco aturdido, las excusas me brotan por inercia: usted comprenderá, he estado muy atareado; me ha llamado mi hermano, ya se imagina, es una situación muy incómoda, complicada, etcétera. Él finge que acepta mis disculpas: me hago cargo, me hago cargo, me hago cargo. Extiende una carpetita abierta. Yo la sujeto por puro reflejo. Me indica una línea de puntos. Tiene que firmar aquí, aquí, aquí, aquí y aquí. Milagrosamente, el tío se las apaña para componer una expresión compungida bastante creíble. Mire, sé que para estos asuntos nunca hay un buen momento, pero de verdad nos facilitaría las cosas si firmara ahora mismo.

De fondo, escucho al mexicano gritarme algo. El pinche universo y todo eso. El pasillo está invadido de enfermeras. Aunque la busco, no veo por ningún lado a la gallega con mirada de pirómana. El doctor me coloca una pluma estilográfica en la mano. Me siento un poco mareado. Ésa es la verdad. Un poco mareado.

Al final, entro en la habitación 402 con la carpeta, la pluma y el doctor. Me doy cuenta de que nunca he escrito con una pluma estilográfica, y pienso que, si lo intento, lo más probable es que acabe rompiéndola.

RABIA

EL TIMBRE SONÓ imitando la melodía de *Un beso y una flor*, de Nino Bravo. Mario esperó durante un minuto o dos y volvió a llamar. Cuando todavía no había retirado el dedo del timbre, su suegro abrió la puerta. Sus pobladas cejas formaban una uve perfecta que indicaba su fastidio. Mario le dio los buenos días con voz seca. Luego, le pidió la escopeta. Su suegro respondió que ya era hora.

Le indicó que esperara en el salón y se perdió en el pasillo. Su suegra asomó su cabecita blanca por la puerta de la cocina y le preguntó qué quería. Mario respondió que había venido a buscar la escopeta. Su suegra frunció todas sus arrugas para ofrecerle una gran sonrisa: «Por fin, hombre, por fin». A continuación, le ofreció café, té, una magdalena, un bizcocho, cualquier cosa. Mario negó amablemente con la cabeza. El suegro regresó encogido, cargando con dificultad el arma.

La escopeta iba dentro de una funda de cuero marrón y parecía tan grande como el anciano enfurruñado. Mario la sopesó con un brazo, asintiendo. Su suegro le alcanzó una caja donde se leía *50 bullets*. Mario dudó y dijo:

—No creo que necesite tantas balas.

El suegro insistió:

—Tú llévate la caja y coge las que te hagan falta.

—Con una tengo bastante. O dos, como mucho.

El suegro le observó como evaluándole, con esa mezcla de desprecio y resignación que usan todos los suegros. Musitando por lo bajo, abrió la caja y sacó cinco proyectiles. Eran afilados y brillaban con un festivo color dorado. Parecían los colmillos de oro de algún lagarto mitológico. El viejo lo pensó un momento y extrajo una bala más. Se las pasó a Mario.

—¿Sabes usarla?

—Sí —mintió Mario—. Muchas gracias.

—Devuélvemela cuando quieras.

—De acuerdo. Adiós.

Mario se giró, rechazó la bandeja de pastas que la suegra le ofrecía y salió a la calle. Subió a su todoterreno y condujo a través del barrio residencial donde sus suegros vivían. Casitas con dos pisos y jardín trasero, rosales de vivos colores, setos podados con disciplina de jubilado, mimesis de la buena vida. Salió a la carretera nacional y continuó durante diez minutos más. Tomó el cuarto desvío y entró en el barrio residencial donde se encontraba su propio hogar. Casitas con dos pisos y jardín trasero, enanitos de terracota vigilando la entrada, tulipanes holandeses, mimesis de la buena y razonada vida. Mario aparcó y dejó la escopeta en el asiento contiguo, sin preocuparse por esconderla. De lejos, parecía un delgado y oscuro copiloto.

Al entrar en casa, fue directamente al salón. Allí comprobó que su mujer y su hijo seguían durmiendo plácidamente la siesta. Con las persianas bajadas para espantar el calor, el resplandor de la televisión les iluminaba juguetón. Por encima de la voz monocorde que guiaba el documental, se distinguía el sonido burbujeante del tubo que ayudaba a su hijo a respirar. El pobre chiquillo, desarmado sobre el sofá, media cara todavía envuelta en vendas, un bulto de algodón en el lugar donde debería ir el ojo. Mario fue hasta la cocina y bebió un vaso de agua. Luego, apoyó ambos brazos en la encimera, clavando la vista en el sumidero del fregadero. Se forzó a respirar con calma: recoger el aire y echarlo luego lentamente. Continuó observando el sumidero, ese agujero en apariencia limpio del que, si uno se esforzaba, llegaba cierto olor a pan mojado, a desechos, a podredumbre. Finalmente, marchó al jardín. Nada más abrir la puerta de cristal, Flaco salió a recibirle. Sus orejas peludas de perro bonachón se balanceaban con cada salto. Mario le rascó el hocico con aire distraído. Luego, desató la gruesa cadena de hierro que le ataba a la verja.

—Vamos a dar una vuelta —le susurró.

El animal azotó el rabo y dio brincos de alegría. Mario pretendía cruzar la casa en silencio, pero hacía siglos que Flaco no salía a pasear y se mostraba excitadísimo. Sus pezuñas arañaban el parqué mientras saltaba alrededor de su amo. Emitía unos gemiditos como de novia adolescente.

Mario abrió la puerta trasera del coche y Flaco subió. Cuando estaba a

punto de ponerse al volante, descubrió a su mujer observándole desde el rellano de la casa. Llevaba una bata amarilla muy alegre, de verano, y sus piernas asomaban pálidas y fantasmales. A Mario le pareció que sus rodillas tenían el mismo color rosáceo que ciertas chucherías con forma de nube.

—Volveré tarde —dijo Mario con la ventanilla bajada—. No sé cuándo.

Ella ni sonrió ni puso cara de estar triste. No parecía sentirse especialmente culpable, tampoco orgullosa.

—Haré la cena —contestó.

Mario arrancó el coche y se fue. A sus espaldas, sujeto por el arnés de seguridad que la normativa oficial recomendaba, Flaco daba cortos pasitos de un extremo del asiento al otro. Por el cristal trasero su dueña quedaba cada vez más atrás.

Mario abandonó su barrio mimético de extrarradio. Condujo por la nacional y, en cuanto pudo, tomó una carretera secundaria. Se dirigía a la montaña. Necesitaba soledad y espacio abierto. Como era un urbanita típico, desconocía los parajes verdes que le rodeaban. Mario condujo al azar durante más o menos hora y media. O tal vez fueron dos horas. Mucho tiempo, en todo caso. Flaco sacaba la cabeza por la ventanilla y se divertía mordiendo el aire.

Cruzó varias granjas, un criadero de gallinas que apestaba a mierda, saludó con la mano a un viejo que conducía un tractor, vio a una madre y un hijo formando junto a la carretera, vendiendo unos melones que exponían sobre una mesa improvisada. Cuando ya el camino de piedras se hizo impracticable, aparcó el coche bajo un nogal. El sendero continuaba aún, desdibujado entre los matorrales. Anochecía.

Nada más abrirle la puerta, Flaco salió dando un brinco. El terreno boscoso le excitaba. Corría de lado a lado, levantando espesas columnas de polvo, deslumbrado por tanta libertad. Era un animal fuerte y hermoso.

Al sacar la escopeta de la funda, Mario se sorprendió al comprobar que, a su modo, era incluso bonita. De algún modo, eso le pareció indecoroso. A cambio, también era muy pesada, y eso sí le pareció adecuado. Cargó el proyectil tal y como había visto hacer en las películas. Sabía que debía tener un seguro y lo encontró con facilidad junto al gatillo. Al desactivarlo, sonó un chasquido lleno de promesas.

Mario tenía una idea remota de lo que se esperaba de él. Sabía qué debía hacer y adivinaba más o menos cómo hacerlo. Sin embargo, no habría podido

señalar en qué momento había recibido dichas instrucciones. Uno memoriza estas lecciones de vida poco a poco, casi sin darse cuenta, viviendo sin más. Leyendo entre líneas. Son las cosas que, llegado el momento, un hombre debe hacer sin chistar.

Por probar, Mario apuntó a la rama de un árbol y disparó. La rama desapareció, arrancada de cuajo. Quién lo iba a decir, resulta que tenía buena puntería. El estruendo del disparo resonó durante un rato entre los árboles. El perro, asustado, se acercó hasta Mario con las orejas gachas.

—No pasa nada, Flaco. Sólo era un juego. Tranquilo, tranquilo.

El animal le miró interrogante pero confiado. Su rabo seguía agitándose y eso indicaba que estaba contento. Los perros han sido creados para ser sinceros. Con ese fin, la naturaleza les instaló un detector de mentiras en el culo. Los perros son, aunque no quieran, inocentes.

Mario se agachó y acarició el pelaje brioso de Flaco. Éste se tumbó boca arriba para que le rascara el vientre. Así, pudieron transcurrir, perfectamente, unos quince minutos.

Por fin, el hombre agarró la cabeza de su mascota y le abrió la boca con dos dedos. Observó por última vez su paladar negro. Era el mejor perro que había tenido nunca. Y es que ¿quién no ha cometido alguna vez un desliz, una equivocación? Que levante la mano aquel que nunca haya reaccionado exageradamente, con demasiada furia o sobrada contundencia, aunque sea sólo una vez en la vida. Todo el mundo tiene un mal día. Y, sin embargo, aunque Mario reconocía la bondad en el paladar negro de su perro, también sabía que, llegado el momento, un hombre debe hacer ciertas cosas aunque no quiera, o precisamente porque no quiere. Su suegro, su suegra, sus vecinos, su mujer, su pobre hijo, todos esperaban de él que actuará como el padre de familia que era. No es venganza, es sólo un perro.

Mario se puso en pie. Levantó la escopeta y apuntó a Flaco a la cabeza. Lo hizo por inercia, seguramente, porque ya entonces sabía que nunca sería capaz de apretar el gatillo.

PLAYBACK

MUY BIEN, VENGA, vamos a intentarlo.

Tenemos un avión que atraviesa a setecientos veinte kilómetros por hora una nube con forma de ecografía. Tenemos también a un adolescente que, aunque finge hacerlo, no ha conseguido dormir en todo el vuelo. En sus parpados cerrados, como si de la pantalla de un cine se tratara, se proyecta nítidamente la imagen de su amor de verano. Como no puede ser de otra manera, ésta se le aparece desnuda y pálida. Por ponerle un nombre, al adolescente le bautizaremos como E. En cuanto a su amor de verano, es mejor no otorgarle siquiera una inicial, aunque sea inventada, por lo que pueda pasar.

Tenemos un avión, tenemos a un adolescente, tenemos un nombre. Justo en este instante, E se asoma a la ventanilla del avión. Allí abajo, Berlín juega al escondite camuflándose bajo una sábana de nieve. El muchacho pega su rostro al cristal plastificado y se reconforta al sentir cómo el frío empapa su mejilla. Juega a enfocar su reflejo en el cristal y, luego, a enfocar la ciudad engullida. Curioso efecto el de la visión, piensa E, siempre hay algo que se las apaña para quedar borroso, desenfocado, fuera de nuestro alcance. Para que conste: ésa es la segunda vez que E sube a un avión, la tercera o la cuarta que ve la nieve, la primera que visita Alemania.

E ha vivido toda su corta vida en un pueblecito bastante feo de la costa valenciana. Luz blanca. Grúas oscilantes. Mar paciente y neutral. E acaba de cumplir diecisiete años y aún es virgen. En el instituto al que asiste, sus compañeros aseguran haber degustado ya varias muchachas. Mientras escupen pipas con arrogancia, se pavonean de cómo la chupa Laurita, describen las cosas innombrables que le gusta hacer a Mariona, cuentan cómo tuvieron que taparle la boca a Montse, que está loca, y mirarla muy cerca a los ojos

exigiendo silencio, para que no despertara a su madre, que dormía la siesta en la habitación contigua. A E ser virgen no le avergüenza demasiado. Bueno, puede que tal vez un poco, aunque no mucho, prácticamente nada, en realidad, no le dedica ni el más insignificante de los pensamientos. Y es que, y esto es importante, E está enamorado. Y ese sentimiento le otorga una trascendencia mucho mayor que una mancha de flujos pegajosos y tres pompas de saliva misteriosa. Eso es lo que E piensa, mientras aprende a fumar de una colilla rechupeteada.

Profundicemos un poco más. Como buen adolescente enamorado, E lleva varios meses soñando, noche sí, noche también, con sábanas deshechas y pies desnudos. En su libreta Polyskin, ha compuesto unos versos relamidos que, menos mal, casi siempre se ha abstenido de mandar en sobres perfumados. Varias veces al día, E se aferra al teléfono de sus padres y dice «Ich liebe dich». A base de práctica, de mirarse al espejo y corregir cada mueca, E ha aprendido a soltar unos suspiros realmente melancólicos.

El objeto del amor de E es la hija de un vasco afincado en Berlín y de una alemana altísima. Desde hace algunos años, la familia veranea en el pueblo de E. Poseen un apartamento frente al mar que vulnera claramente la ley de costas. E conoció a su amor de verano en un botellón junto al puerto, al que siguió una carrera casi suicida sobre las rocas del malecón. A él le gustó su acento hermético, la manera insegura y como labrada a cuchilla en que pronunciaba su español materno. Esa misma noche, ella le permitió jugar con su pezón derecho. Pasaron dos meses, el verano se otoñó y las vacaciones terminaron. El último día antes de partir, la muchacha permitió que E abriera, acariciara y sacudiera su entrepierna con un dedo tembloroso. Como es de esperar de un adolescente enamorado, E quiso hacerle el amor. Pero su amor de verano movió la cabeza y le dijo:

—No estoy preparada.

Ésas fueron exactamente sus palabras. E las recuerda muy bien. Luego, ella acarició el pelo de E y le enterró la cabeza entre sus tetas pequeñas como bolas de helado de cucurucho. Desde la ventana de la habitación de ella, el Mediterráneo se veía tan cerca que parecía rodear la casa. Ésta es una imagen que acude con facilidad a la cabeza de E. De hecho, es la misma que lleva proyectándose durante todo el vuelo en sus párpados cerrados. Ella y él en bolas en la habitación, con el sonido del mar de fondo. Aunque E no lo sabe,

esa escena le perseguirá aún durante muchos años, haciéndose presente en los momentos más inoportunos, maldita sea. Aquel día, el último que E pudo verla, ella se durmió en sus brazos y E miró por la ventana y escuchó el mar y sintió que el colchón era una isla. Así de enamorado y adolescente era E.

Tenemos una imagen a la que aferrarse, tenemos dos mil ciento noventa y dos kilómetros de distancia, tenemos diecisiete años y unas noches demasiado largas.

Durante meses, el muchacho trabajó duro. Ahorró algo de dinero montando vídeos de bautizos, bodas y comuniones. El objetivo de E siempre fue aprovechar las vacaciones de Navidad para hacerle una visita a su amor de verano.

Sin embargo, cuando finalmente él le comunicó su intención de viajar a Berlín, estableciendo un día y una hora concretos, ella se mostró algo reticente. O, al menos, eso le pareció a E. En todo caso, al final dijo que sí y lloró un poquito. A su amor de verano le gustaba llorar pegada al auricular.

—Estoy preparada —eso dijo ella, eso entendió E que decía.

Ya está. El avión ha aterrizado por fin y las luces de emergencia se han apagado. E es uno de los primeros en bajar la empinada escalerilla del avión. Frente a la cinta metálica de los equipajes, tiembla como si se hiciera pis. En realidad, son sólo achaques de enamorado, pero, en ocasiones, las necesidades emocionales y físicas se confunden. Nada más traspasar la puerta automática de *ausgang-exit*, sus ojos tropiezan con los de su amor de verano. Ella le espera con una pancarta hecha a mano donde se lee su nombre entero, no sólo la inicial. A su amor de verano le acompaña su padre vasco, su madre altísima y un niño cabezón y rubio, que de lejos parece una bombilla encendida, y que resultará ser su sobrino. Urge ahora una breve descripción. El amor de verano de E tiene unos rasgos aññados y un cuerpo elástico, bien ordenado. Su silueta es digna de una bailarina de danza clásica, su cintura parece diseñada para llevar tutú. Es una chica con más ausencias que curvas, como a E le gustan. El amor de verano de E es morena, sus ojos son azules. ¿Ustedes han mirado bien a E? Por favor, él nunca soñó con paladear algún día a una morena de ojos azules.

La pareja de adolescentes interpreta perfectamente su papel. Él abandona las maletas, ella arroja al suelo el cartel de bienvenida, corren el uno al encuentro del otro. Se besan, claro. Es su primer beso en tres angustiosos

meses. Debería ser un momento especial, brillante de purpurina. Sin embargo, nada más cruzar las lenguas, E comprende que algo no funciona como debería.

Su amor de verano le besa como si hiciera *playback*.

Es decir: hace falta cierto tiempo para que una boca aprenda a besar otra boca. Al principio, los dientes chocan. Las lenguas más que jugar se pelean. Aunque sólo es un adolescente, y virgen, además, esto es algo que E ya sabe: dos bocas necesitan muchos besos para descubrirse, para adaptarse, para envolverse la una con la otra y aprender de memoria el mapeado que lleva al recodo que lleva al atajo que lleva a la comisura vertiginosa de la otra boca. Muchas noches de abandono, un verano entero, eso es lo que necesitan dos bocas para volverse una sola. Pero, una vez que lo han hecho, besar la boca aprendida es como ir en bicicleta (de hecho, medita E, tiene mucho que ver con ir en bicicleta: una pizca de control y otro poco de dejarse ir), y ya no se olvida.

Repitan conmigo: *playback*.

—Estoy tan contenta de que hayas venido —susurra el tambaleante amor de verano de E, como si nada.

Ya en el coche, el sobrino no deja de canturrear en alemán y E responde educado a las preguntas del padre vasco, que quiere saber si el Ayuntamiento ha terminado de asfaltar la calle que lleva a su apartamento, y sonrío a la madre, que apenas habla español, y atiende a su resquebrajado amor de verano, que le estrecha la mano como por descuido y no deja de señalarle monumentos por la ventanilla: ahora, un arco de triunfo; luego, un bloque de edificios comunista; después, una estatua alada. A ras de suelo, la sábana blanca de Berlín se le antoja a E mucho menos blanca; tiende más bien al gris y se ve churretosa y embarrada.

La familia termina por embarcar a E en una tarde de compras en Hackescher Hof. Ésta es una zona de comercio muy popular entre la población de renta media y media alta, situada al este de la capital. Por lo visto, en Berlín Santa Claus es tan secreto como en Valencia. Por eso, mientras los padres compran los regalos de última hora, a E y a su dudoso amor de verano no les queda otra que distraer al sobrino. El angelito rubio da brincos de *power ranger* y cruza la acera sin mirar. Parece empeñado en suicidarse cada vez que E gira la cabeza. Su descolorido amor de verano le dice que, por lo visto, a su sobrino le ha caído simpático. Para demostrárselo, el niño recoge

la nieve acumulada en los parabrisas y bombardea a E con bolas certeras. Una le acierta en plena oreja, otra se le cuelga en su boca abierta. E intenta huir y mantener su dignidad al mismo tiempo. Esquiva como puede a los circunspectos viandantes, con la vocecilla del crío siempre persiguiéndole, desgranando palabras de veinte o treinta y cinco sílabas, frases compuestas de cuello largo de diplodocus y sonido de cacharrería.

Mientras todo eso sucede, el teléfono de ella suena exactamente tres veces. Se trata de una melodía jovial, despreocupada: un politono que reproduce la canción de la serie *Friends*. Antes de esas Navidades, E podía recitar de memoria varios diálogos de dicha serie. Se sentía tremendamente identificado con Chandler. Y a ratos con Ross. Casi nunca con Joey. Un, dos, tres, ésas son las veces que ha sonado el móvil de su desvaído amor de verano. Ninguna de las veces ella ha respondido. Sin darle mucha importancia, E le pregunta:

—¿Quién era?

Y ella se limita a mirarle con sus ojos de ciencia ficción y responde:

—¿Quién era quién, amor?

Cuando los padres terminan sus compras, se llevan al renacuajo hiperactivo con ellos. De ese modo, E y su amor de verano descompuesto se quedan por fin solos. Pasean entonces hasta Alexander Platz y cruzan uno o dos puentes. Con el tiempo, lo único que E podrá invocar de ese deambular turístico será, por este orden: unos árboles secos y fantasmagóricos; un té tibio en un paquistaní inundado de lucecitas de Navidad; un puesto callejero donde un viejo sin dientes vende máscaras antiguas de la Primera Guerra Mundial.

A media tarde, su amor de verano mustio le comunica que tiene una sorpresa para él. Cogiéndole de la mano, le hace subir a un autobús que huele a desinfectante. Terminan por bajarse en una calle empinada, flanqueada por altos edificios de ladrillos rojos, con una nieve color petróleo que encharca y desborda la acera. Se zambullen en un tenebroso portal y, mientras suben a tientas las escaleras, ella le hace palpar una llave desdentada. Le explica: por lo visto, hace unos meses conoció a unos chicos que iban a la Universidad (pronuncia esa palabra despacio, con la reverencia que requiere) y ahora, aprovechando que están de vacaciones navideñas, le han prestado su piso de estudiante. Su amor de verano ciego le dice eso y le muerde la oreja. En el piso, efectivamente, no hay nadie. Huele a tabaco y las paredes tienen unas manchas como de mapas desintegrados. Se encierran en una habitación

estrechísima, inundada de camisetas, *jeans* gastados, calcetines blancos y calzoncillos a rayas. Se desnudan y se besan bajo un póster de Eduardo Manostijeras (Edward mit den Scherenhänden). Cuando E hunde la cabeza entre las piernas de ella, su amor de verano licuado gime y se retuerce y se pasa la mano por la cara, lamiéndola igual que un gato. Es exactamente el gesto que E siempre había soñado ver. No sin nervios, y no sin equivocarse, E se coloca el preservativo. Luego, sitúa su cuerpo torpe sobre el cuerpo de bailarina de ella. E se mueve como se mueven en los vídeos de Internet que tardan una eternidad en descargarse. Sin embargo, allá abajo, su amor de verano requemado pone cara de estar en otra parte. Al cabo de unos minutos le dice:

—Espera, déjame a mí.

Y extrae el pene de E y le hace tumbarse y se coloca encima y comienza a contornearse y a saltar con una seguridad que E desconocía. En cierto momento, la melena oscura se derrama ocultándole el rostro, dejando sólo unos mechones que se agitan por la respiración entrecortada. E observa atónito cómo su evaporado amor de verano desliza su mano por su propia cintura, acariciando primero sus costillas y luego sus tetas. Se mueve justo como debe moverse una chica que hace el amor. Esto es: igual que si fuera en bici, mitad controlando, mitad dejándose ir. E recopila cada detalle con la intención inconsciente de estudiarlo a posterioridad, de analizarlo durante toda su vida. Mientras se corre apretando los dientes, sólo alcanza a pensar: *playback*.

E y su amor de verano en blanco y negro permanecen cerca de media hora desnudos y en silencio. Su cuerpo tan apaciguador y una peca en la cintura como el ojo de un cíclope. Junto al póster donde Johnny Depp aletea cuchillas en vez de dedos hay una ventana empañada de frío. El Mediterráneo no asoma por ninguna parte. El colchón no se parece en nada a una isla.

Tenemos una primera vez, tenemos un viaje en metro en silencio, tenemos demasiados pensamientos en una cabeza demasiado embrollada.

Una vez en casa de sus padres, ella se marcha a ducharse. La madre altísima aprovecha para mostrarle a E cómo vive un alemán. Dos pisos, cinco habitaciones, un salón, un estudio, una cocina, dos baños y un jardín cuquisimo donde corretea un husky siberiano llamado *Gipsy*. Entre risas de vaca lechera, la madre le enseña también el cuarto trastero. Es ahí donde esconden los regalos para que el sobrino no deje de creer en la magia. Al pobre E le

sorprende descubrir aquella pirámide de paquetes. Hay muchos más que en su hogar valenciano y son considerablemente más voluminosos. E sonríe, o al menos lo intenta; digamos que hace una mueca que parece, más o menos, una sonrisa. Con vergüenza, deposita su regalo para su nublado amor de verano sobre el montón descomunal. En comparación con los otros, se ve microscópico.

Poco a poco, va llegando el resto de la familia. Un ejército de primos que parecen clones. Todos rubios, altos, guapos, todos inevitablemente con los mismos ojos claros como el azulejo. Ninguno de ellos consigue pronunciar correctamente el nombre de E ni una sola vez. Todos, sin excepción, le palmean la espalda y exclaman:

—¡Fiesta, sangría, una cerveza, por favor!

El sobrino, por su parte, parece haberse obsesionado con él. Persigue a E donde quiera que va, tirando de sus pantalones y dedicándole unos agudos dignos del mejor tenor. A E no le queda más remedio que cargarlo en hombros y llevarlo trotando como si él fuera un caballo. Incluso relincha de vez en cuando para regocijo del pequeño demonio. Al verles, los clones ríen y le jalean con frases que suenan a discurso del Tercer Reich. En cierto momento, forman un corro en torno al niño y a E y entonan un villancico que pone los pelos de punta. Sangría, cerveza, sus manazas, *pom, pom*, estrellándose en la espalda de E.

Tras una eternidad, su espejismo de amor de verano aparece por fin, aseada y bien vestida, ligeramente maquillada para la cena de Nochebuena. A E le entran ganas de llorar. Falda ligera, medias blancas y botitas rojas sin apenas tacón. Apoyado en un rincón, esquivando bandejas de canapés, E la observa colocar la vajilla de porcelana y medita sobre todo lo ocurrido desde que pisó Berlín. Cuando ríe, la nariz de ella se arruga igual que la de una ardilla. Parece una buena muchacha, es una buena muchacha, piensa E.

Mientras colocan el espumillón sobre la puerta del salón, al amor de playa, crema solar, sudor y despedida de E vuelve a sonarle el móvil. «Ahí estaré para ti», dice la canción de *Friends*, aunque lo diga en inglés. Ella mira a E y se disculpa con una sonrisa intachable antes de coger el teléfono. Sale al pasillo para hablar. Inmediatamente, estas cosas funcionan así, el niño aparece de la nada para atosigar a E una vez más. Ahora le apunta con una pistola de juguete, pretendiendo que él se haga el muerto.

—¡Bang, bang! —le grita desafiándole.

E le ignora y, con muchísimo cuidado, se asoma al pasillo. Allí, apoyada en la pared, abrazándose ella misma la cintura, su amor de ojos demasiado azules para ser verdad ríe los chistes de otro.

—¡Bang, bang! ¡Du bist tot! —le insiste el enano, clavándole la pistola en el esternón.

Sin pensarlo, E levanta al crío en volandas. El pobre idiota ríe creyendo que es un juego. De fondo, los clones entonan otro villancico espeluznante. La madre altísima surge en ese instante de la cocina y tropieza con E, que carga al crío como si fuera un saco de patatas o un perro muerto. La mujerona les saluda con un hipo y se adentra en el salón, agitando su culo de oca como despedida. Entre cosquillas y juegos, E se dirige a la puerta del cuarto trastero. Lo deja en el suelo. El sobrino da palmas. E se pone un dedo en los labios para indicarle que calle. El niño asiente expectante. Tan rubio y tan angelical, como sacado de un anuncio de champú para bebés.

Con el gesto solemne que la ocasión merece, E abre la puerta del cuarto. Frente a los ojos desorbitados del chaval, se aparece el arcoíris de regalos que su familia ha acumulado. Tantos paquetes de tan variadas formas y colores, tan enormes y tan obscenamente luminosos. Mucho mucho más grandes que el regalo microscópico que E compró montando vídeos de bodas, bautizos y comuniones.

El crío pestañea confundido. Su cabecita no parece capaz de ordenar esa información en la carpeta correspondiente. E le agarra la barbilla con una mano y le obliga a mirarle. Con un dedo señala hacia el salón.

—*Fathers* —le dice—. Santa Claus no. Santa Claus *kaputt*. *Fathers* y punto.

E le revuelve el pelo con gesto satisfecho y se va. El sobrino se queda allí, inmóvil, conmocionado, la pistola de juguete pendiendo de su mano desolada.

E vuelve al salón. Allí, su amor putrefacto de un verano que no ha de volver intenta de puntillas colocar la tira de espumillón. E se le acerca en silencio. Con todo el tiento del mundo, la rodea por la espalda. Mientras el sobrino comienza a llorar, E apoya su mejilla en el hombro tierno de ella.

UMBILICAL

YO ESTOY TUMBADA en el suelo, desplomada igual que un montón de hojas secas que el barrendero ha olvidado recoger, así estoy, así está.

Yo estoy de pie, inmóvil, el teléfono colgando en mi mano olvidada.

Amortiguado nos llega el *piiiiiiiiiiiiiiii* de la línea muerta.

Y la miro y le miro, me mira, nos miramos.

Así ha comenzado todo: mamá estaba preparando la cena cuando, de pronto, sin más, ha caído desfallecida, te lo juro, hijo mío, estaba cortando un tomate y me sentía bien, normal, y luego ha sido como un fogonazo ante los ojos y luego nada, luego *puf*. Yo me encontraba muy cerca, como siempre, sentado en un taburete, leyendo un ensayo sobre el despuntar de la economía china, cuando me ha sobresaltado el sordo golpear de su nuca contra las baldosas, en un segundo las piernas se me han vuelto plastilina y he caído, ha caído.

Por suerte, el teléfono está cerca y me he levantado y lo he descolgado y, justo cuando estaba a punto de marcar, me la he quedado mirando, creo que no me encuentro muy bien, hijito querido. Mamá se ha quedado desparramada en una posición indigna de ella. Con el auricular en la oreja veo cómo se agarra el pecho, cariño, me duele, cielito, cada bocanada de aire me cuesta mil espinas. La observo, me observa: su cabello teñido de rubio centella, ¿sabes?, una mujer es tan vieja como su corazón cree que es, y el delantal de flores que nunca se quita. Muy cerca, dos rodajas de tomate caídas y el cuchillo manchado de pulpa. Y, por encima de todo, colgando como una cuerda de tender la ropa, el cordón umbilical que nos une y que ella nunca quiso cortar.

El teléfono muerto hace *piiiiiiiiiiiiiiii* en mi mano y yo miro ese cordón, tenso por la distancia que nos separa, y es como si no lo hubiera visto nunca

hasta ahora.

Entonces, por alguna razón que se me escapa, me acuerdo de un sueño recurrente que tenía cuando era pequeño, mi niño siempre fue así, un soñador, qué se le va a hacer, tenía la imaginación de una lagartija inquieta.

En su inicio era un sueño agradable, pero poco a poco se volvía más y más angustiante, tú no te preocupes, cariñín, que aquí estoy yo para protegerte. Tal vez angustiante no sea la palabra exacta, puede que sea mejor inquietante. O no, tampoco, siempre con esa manía puntillosa mi hijito, las cosas hechas y dichas en su justa medida, opresivo, la palabra es opresivo, definitivamente mi sueño se tornaba poco a poco más opresivo, hay que ver qué teatrero eres, de verdad.

En mi sueño, en su sueño, yo cabalgaba sobre un caballo moteado, manchas blancas sobre compacta carne marrón. Era un sueño muy vívido. Recuerdo que a través de mis piernecitas podía sentir los músculos poderosos del animal, su interior burbujeante y eléctrico. La sangre bombeando, *pum, pum, pum, pum*, igual que Rocky Balboa cuando se levanta en el último *round* y noquea puño tras puño al ruso que asesinó a su amigo, te encantaba esa película, y yo siempre que no, que esas cosas violentas te llenaban de gusanos el cerebro, y tú que sólo una vez más, y esos ojos como de corderito degollado. En mi sueño, su sueño, cabalgaba por una pradera naranja, con el Cañón del Colorado de fondo. El sol se derramaba generoso sobre mi rostro, ¿te has puesto ya la crema solar, corazón?, me sentía bien, me sentía poderoso. Era Lucky Luke y era Clint Eastwood y era también Miguel Strogoff, el correo del Zar, cuidado, no te me vayas a caer, y era todo eso porque estaba definitivamente solo.

Ese sueño, su sueño, ese sueño mío, lo estuve soñando prácticamente cada noche durante varios meses seguidos. Al principio era un buen sueño, ya digo, pero al final mi pequeño siempre terminaba despertándose entre sollozos y yo le abrazaba en seguida, le decía ya pasó, ya pasó, ya pasó, ya pasó, ya pasó, sólo ha sido una pesadilla. Dormíamos juntos en la cama de matrimonio, ella y yo, mi pequeño y yo. Papá, el bueno de mi Alfonso, dormía en la habitación contigua, cama individual y a oscuras.

A los pocos segundos de nacer mi chiquitín, mamá advirtió al doctor que si se atrevía a cortar el cordón le llevaría a los tribunales. Le dije que tenía el derecho a decidir, y le miré fijo, como ella sabía mirar, los dos ojos cortantes

y fríos. Mamá sentía la mandíbula floja de tanto apretar los dientes y las entrañas rotas por el parto, tardaste lo tuyo en salir, cielito, te hiciste de rogar, pero se las apañó para componer esa expresión serena tan suya. Alargué mi mano, con la pulsera del hospital pegada a mi muñeca por el sudor, y sujeté fuerte el brazo del doctor Miralles. Muy calmadamente, mamá le ordenó que dejará las tijeras *ipso facto*. Con una gota de sudor en la punta de su nariz, le dije: mi marido, mi papá, es abogado, y le va a arrancar hasta los dientes de oro, pobre como una rata le va a dejar si se atreve a rozar siquiera ese cordón umbilical.

Mucho antes de nacer yo, mi mamá ya era totalmente madre. Tenía un cuerpo macizo, lleno de volúmenes y tentación, no puedo negar que siempre me gustó cuidarme, aunque nunca me dio por presumir. Un cuerpo de mujer pura, ubres hermosas listas para almacenar leche y un culo contundente que imploraba ser germinado, una señorita tiene el deber de esquivar las miradas de los caballeros, seguir recto taconeando su desprecio, la barbilla alzada y los oídos sordos. En general, los hombres la adoraban, pero a mí la tentación no me asedió ni una sola vez, te lo juro, no era yo de ir perdiendo el tiempo con cualquiera. Porque Dios le dio al hombre una semilla y a la mujer una tierra fértil, ¿y acaso el campesino ara sus fincas si no tiene intención de recoger sus frutos? Ella siempre tuvo claro, lo supe desde que era una niña, que iba a ser la mejor madre del mundo.

Mira a izquierda y a derecha antes de cruzar. ¿Te has lavado ya los dientes? Quisiera ser más alto que la luna, ay, que la luna. ¿Cuántos lados iguales, si los tuviera, posee un triángulo escaleno? A los mayores se les habla con respeto. Siéntate recto. Lávate las manos. ¿Te apetece un chocolate calentito? ¿Qué se dice? Muy bien, mi niño guapo, el rey de la casa.

Pero mi sueño, estaba hablando de mi sueño.

En mi sueño, nuestro sueño, galopaba feliz sobre un caballo moteado. A mi alrededor, el desierto concienzudamente pelado. Al fondo, distante, el Cañón del Colorado, a ver, ¿cuál es el pico más alto de Europa? Los cascos de mi caballo marcando un compás cronometrado y fiable.

Entonces, allá a lo lejos, divisaba siempre una nube de polvo. En seguida tiraba de las bridas y me dirigía allí. Iba sin miedo, sólo para darme la satisfacción de ver qué era, di que sí, esa curiosidad es tan tuya, cielito, siempre te gustó descubrir el porqué de las cosas. De hecho, recuerdo una

tarde en que me despisté organizando los cupones del mercado y, zas, tú ya te habías metido dentro del horno, que apenas comenzaba a calentarse. Tocabas las paredes grasientas y encendidas con una interrogación en tu entrecejo, y cuando te saqué protestaste, déjame, déjame, mi niño, tan buen estudiante, tan aplicado, tan listo, corre que te corre con mi caballo moteado directo hacia la nube de polvo que bizqueaba en el horizonte.

Jorge, Rafa, Tino, Sebas y Ágata. Ellos eran los responsables de la nube de polvo. Mis compañeros de clase, los más descarados, cachondos y seguros de sí mismos y la más hermosa del cuarto B, menudos tunantes, ya les tenía yo bien calados. Allí estaban, frente a mí, montados cada uno en su respectivo corcel. A ver, no es que fueran malos chicos, no, qué va, pero les gustaba llamar la atención, y a mí eso siempre me ha parecido una debilidad de carácter, llamar la atención es igual a sentirse importante y sentirse importante es lo mismito que menospreciar, me acerqué a ellos y me sumé a su carrera. Y allá que íbamos todos cabalgando hacia la roja vastedad del erial americano.

Me sentía bien.

Me sentía satisfecho.

Más que eso, completo.

Y también un poquito asustado, que no te avergüence reconocerlo, chiquitín.

Piiiiiiiiiiiiiiii.

Así suena la línea muerta del teléfono que sostengo entre las manos, una niebla caliente me ha crecido en la garganta, hijito, cada vez me cuesta más respirar.

Yo, de pie, mirándola, yo, derrumbada en el suelo de la cocina, mirándole, ahogándome, y pendiendo entre los dos nuestro cordón umbilical.

Miro ese cordón de carne, me ahogo, me ahogo, y es como si lo viera por primera vez, ya la niebla me cubre la nariz y trepa hasta mis ojos. Así es como se ve: una tira de grasa rugosa y violácea, seca como un pergamino antiguo. Dado de sí a base de pequeños tirones, estirado hasta el límite. Con los años, es evidente, el nexo entre tú y yo, yo y tú, nosotros, ha ido perdiendo volumen. Pedacitos de piel muerta que se quedaban pegados a mis jerséis y tus faldas, esparcidos como alas de mosca sobre las sábanas de la cama común, acumulados tras cada ducha en el sumidero de la bañera, lávate bien detrás de las orejas, frota con ganas, no te olvides el acondicionador. Cada vez más

fino, sí. Menos parecido a un cordón y más similar a un látigo, un látigo umbilical.

Siéntate mejor aquí, en primera fila. Atiende al profesor. ¿Estás tomando nota? ¿Dónde tienes la cabeza? Mi madre en clase, apoltronada junto a mí, con un libro de Antonio Gala entre las manos o una bufanda a medio coser, y mi pequeño en su pupitre, con la mano alzada respondiendo antes que nadie. Siempre fuiste el ojito derecho de todos tus profesores, ¿qué tal lo está haciendo mi pequeñín, señor Velasco?, ay, me halaga con su invitación, pero como imagina tendré que rechazarla, soy una mujer casada, señor Velasco. Selectividad. Facultad de Derecho. Abandonar el pueblo y mudarnos a Valencia. Alquilar un pisito modesto pero pulcro frente al Mercado de San Francisco.

Por la mañana, clases en la universidad. Por la tarde, yo memorizaba convenios y protocolos, mientras yo hacía las tareas de la casa. Mi niño moviéndose con pasitos cortos, sin levantar la vista de sus apuntes, mientras mi madre fregaba el suelo o limpiaba el polvo. Hiciera lo que hiciera lo hacíamos juntos, a una distancia de no más de un metro, que era la longitud máxima del cordón carnoso. Nuestro día a día: un pequeño tirón en mi estómago y, sin dejar de leer el *Código de derecho constitucional*, de Francisco Balaguer, yo la seguía hasta una cazuela que saludaba haciendo chup chup. A veces, ella se sentaba junto a mi mesa de estudio y hablaba por teléfono con el buenazo de papá, el artículo 6.5 establece una presunción *iuris tantum* por la que se consideran retribuidas las prestaciones de, por aquí todo bien, Alfonso, no nos podemos quejar.

Y ya por la noche nos acostábamos en la misma cama. El olor de la mascarilla facial, tan femenino, invadía la habitación, a mi edad, qué remedio, no queda otra que mimarme el cutis. Normalmente, ella se dormía antes y me dejaba a mí con la lamparilla encendida, enfrascado en la Ley Orgánica del Tribunal Constitucional, no te acuestes tarde que mañana tienes que madrugar. A ratos, me sonrojo sólo de pensarlo, no podía evitar apartar la mirada de los convenios estatales y los ojos se me resbalaban lentos por la espalda de mamá, un campesino no ara si no espera recoger fruto, quita esa película, es indecente, ¿qué haces mirando a esa fresca?, al santo de tu padre se le caería la cara de vergüenza.

Cuando finalmente me dormía, lo hacía de un modo tajante. Era como si

durante ocho horas simplemente dejara de existir, eso es la manzanilla, que es mano de santo para el estrés y los nervios. Hacía años que ya no soñaba con caballos, ni con cielos planchados de nubes, ni con desierto infinito que recorrer, ¿otra vez con esas?

En mi sueño infantil, no sé por qué me viene precisamente eso a la cabeza justo ahora, justo cuando el teléfono hace *piiiiiiiiiiiiiii* en mi mano y mi madre se ahoga, en su sueño infantil, digo, decimos, cabalgaba junto a los cuatro muchachos más populares del colegio. Los mismos que, a la hora del patio, escogían la alineación de los dos equipos de fútbol, tú, aquí, tú, allá, tú hoy no juegas, tú, como mucho, de portero, ¿y quién les necesita, verdad, cariño? Y cabalgaba también, y sobre todo, junto a una muchacha castaña y bombardeada de pecas, delgadísima Ágata.

Recuerdo que, en el tronar de la carrera, cuidado, cuidado, yo me colocaba a su altura. Era muy mona, eso te lo concedo, y educadísima, una ricura de niña, Ágata llevaba la cabeza fija en el horizonte, su pelo ocre centelleándole en una larga trenza. Si acaso, eso sí, resultaba algo presumida la chiquilla, un pelín demasiado coqueta, más o menos, en realidad, lo mismito que su madre, ella no me miraba ni me sonreía, pero en su concentración había también aceptación. La observaba de reojo, ¿te he contado ya lo que la madre de Ágata le hizo al bueno de su padre?, y me extasiaba la forma en que sus pecas se extendían también en el interior de su oreja, no te engañes, de tal palo tal astilla.

El desierto teñido con un tecnicolor de atardecer congelado.

El horizonte inabarcable y prometedor.

Sí, era un sueño reconfortante mi sueño, su sueño.

Y, sin embargo, no importaba cuánto duraran esos minutos de hermandad, una hora, dos, cuatro, casi toda la noche, tanto daba: al final esa paz salvaje siempre se resquebrajaba.

Inevitablemente, Tino terminaba por levantar la cabeza y, extendiendo un dedo, señalaba a otra nube de polvo que se aproximaba por la derecha. Aunque era imposible reconocer al jinete lejano, en el sueño todos sabíamos quién era.

Licenciado *cum laude*. Prácticas en el despacho del tío José Luis. Oposiciones. Toma, cariño, te he preparado una tila, descansa, tienes que estar fresco mañana. Mudanza a Barcelona. Despachito pequeño junto al Eixample.

Un piso con balcón y geranios y cuarto de planchar y estudio con flexo y copias de Miró enmarcadas sobre el sillón orejero. Hipoteca. Mi madre aprendiendo telegrafía, haciendo las veces de secretaria, mordisqueando estudiadamente el lápiz cuando llegaba un cliente importante, mi niño desgranando los tejemanejes legales con corbata circunspecta. Te lo juro, te veía tan cabal y tan apuesto que me derretía de orgullo.

Exactamente cada dos fines de semana, papá, Alfonso, nos hacía una visita. Llegaba con su maletita inmemorial y su calva plagada de manchas, un señor como los de antes, así es mi Alfonso, alguien que sabe cuándo es menester su presencia y cuándo sobra. Nos abrazaba. Nos daba dos besos a cada uno, siempre en la mejilla. Se hundía en la mesa a mirar cómo mamá cabriolaba entre platos y ollas soperas. La verdad es que mi Alfonso, papá, nunca fue muy hablador, más allá del consabido elogio a las dotes culinarias de su esposa, y a mi pequeño siempre le costó desgranar las palabras, así que era mamá la que llenaba la velada de anécdotas. Esta receta se la vi a Arguiñano, muy rico, te ha salido todo muy rico, al jefe de sección lo tiene tu niño encandilado, tampoco es para tanto, mamá, te ha quedado buenísimo el arroz, justo en su punto, y puede que nos mudemos en breve a un pisito en la Vía Agusta, esta vez te has superado, está todo exquisito, justo lo que tu hijo necesita, Alfonso, una cucada de piso, con mucho y mucho espacio, perfecto para que pueda ordenar todos sus libros, bueno, mamá, eso será si me dan el aumento porque, ya verás como sí, cielito, tú ya verás como sí, muy sabroso el arroz, de verdad, buenísimo, ¿quién quiere repetir?

Una vez, hace ahora más o menos diez años, esto nunca te lo he contado, mamá, una vez en que papá vino a hacernos una visita, me desperté a media noche, no sé por qué, y le descubrí mirándonos. Apoyado en el quicio de la puerta, en sombras, vigilaba nuestro sueño. Tan encogido como siempre, pero todavía más taciturno de lo habitual. Le miré y sé que él vio que yo le miraba y no me dijo nada, tu padre siempre fue muy callado, ya lo sabes, no es que fuera tímido, pero sí muy respetuoso. Estuve sosteniendo su mirada algo así como cinco minutos, hay que ver los hombres, cómo sois. Silencio entre los dos. Finalmente, fue él quien bajó los ojos. Apartó la cabeza igual que un perro esconde la cola, al poco se marchó renqueando, tan poquita cosa como siempre, respetuoso, tu padre era muy respetuoso. Todavía permanecí otros diez minutos en guardia, vigilando, con ganas de levantarme y aporrear la

pared, aullar como un gorila. Cuando me cercioré de que ya no iba a volver, me arrojé hasta la barbilla y clavé la vista en tu omóplato de madre, siempre tan cercano y blanco, un joven como tú necesita dormir mínimo ocho horas para descansar como es debido.

Por última vez, mi sueño.

Cabalgábamos los cinco por un desierto que nos pertenecía por derecho. Entonces, a lo lejos, a nuestra derecha, aparecía una nube de polvo que no tenía nada que ver con nosotros.

Sin hablar, Sebas hizo un gesto con la cabeza y chasqueó la lengua, a ése siempre le gustó hacerse el jefecillo, pero tú tranquilo, que el tiempo pone a cada uno en su sitio. Todos asentían o parecían asentir, comprendiéndose, futuros albañiles o camareros o verduleros, eso es lo que eran. En seguida, de un tirón a las bridas, obligaban a su caballo a trotar exactamente en dirección contraria a la del misterioso jinete.

Yo tiraba también de mis arreos, pero mi caballo relinchaba enojado y me ignoraba. Volvía a intentarlo, esta vez con desesperación, gritando, insultando al animal, a ver si vamos a tener que lavarte la boca con jabón, ante todo, educación. Todo en vano: mi caballo moteado proseguía recto, sin inmutarse, pídele perdón a la virgencita por las palabras feas que acabas de decir. Y ya los otros se alejaban, adiós, adiós, y el jinete desconocido se acercaba, ¿te apetece gazpacho para cenar, cielo? Y yo, de tanto forzar las bridas, sentía crujir los dientes del caballo y me saltaban a la cara gotas de sangre de su encía torturada. Y gritaba, gritaba no me dejéis aquí, por favor, esperadme, por favor, desde luego, hijo, dramático siempre lo fuiste un rato.

A veces, no siempre, aproximadamente una noche de cada tres, Ágata se volvía a mirarme. Yo levantaba un brazo y la llamaba por su nombre, Ágata, Ágata, Ágata, y ella arrugaba la frente y se mordía un labio. De tal palo tal astilla, hijo. Y dudaba, yo sé que dudaba. De-tal-pa-lo-tal-as-ti-lla. Pero al final terminaba por ignorarme, concentrada en su carrera, que era en realidad una huida, igualita que su madre, no digas que no te avisé, y su coleta zigzagueaba como despidiéndose, igualita, igualita.

Normalmente, llegados a este punto del sueño, yo me despertaba sudando, pobre, pobre, ya pasó, ya pasó...

Pero otras veces, las peores, el jinete nada desconocido me alcanzaba. Llegaba envuelto en una nube espesa y amarilla, como si se hubiera

espolvoreado de sol, no es nada, sólo una pesadilla. Me resistía a mirarle, pero por el rabillo del ojo percibía algo que serpenteaba en el aire, demasiada televisión, todas estas pesadillas te las provoca la dichosa caja tonta. Sobre la nube de polvo daba vueltas un lazo enorme. Igual a esos que usan los *cowboys* en los rodeos. Igualito que el que usaba, siempre infructuosamente, el Coyote para secuestrar al Correcaminos, apaga la tele que nos vamos a la cama.

No sé por qué me ha venido este sueño a la cabeza justo ahora, en el preciso instante en que mi madre boquea en el suelo de la cocina, ¿qué me miras, cielito? No sé por qué he recordado mi sueño en vez de pensar: eso que ahorca a mi madre es una embolia. No entiendo cómo no estoy pensando: eso que me hincha los ojos y se expande en mis venas como una niebla sofocante es un ataque al corazón.

En vez de llamar a la ambulancia, lo único que puedo hacer es recordar nuestro sueño, el modo en que Ágata se marchaba y nosotros gritábamos, y mi caballo nos ignoraba, y el cuchillo de cocina caído junto al vientre de mi madre.

Las dos rodajas de tomate esparciendo su jugo sobre la baldosa, qué desperdicio de guiso. El mango de madera sobre mi delantal de flores. Y nuestro cordón umbilical ahí tan cerca, casi rozando tentadoramente el filo del metal.

El piiiiiiiiiiiiiiii del teléfono se interrumpe con un chasquido y, de pronto, en la cocina todo es silencio.

FRÍO

EL CAMINO ES largo, la nieve lo cubre todo y el soldado vuelve a casa.

Puede que el soldado haya tenido suerte y su bando haya resultado vencedor.

Puede que no.

Puede que haya desertado aprovechando un descuido del vociferante capitán, saltando de la trinchera a la escarcha, dejando tras de sí un semillero de bombas.

Puede que no.

Puede que sea el único superviviente de una desordenada batalla. Cadáveres puestos a secar al sol del invierno. Silencio atronador tras los desgarros exhibicionistas de los morteros. Tripas voladas, ojos abiertos que miran al cielo sin verlo; mucho, mucho rojo. Y una figura solitaria que se arrastra entre el humo y los cascos, dejando atrás a paisanos y enemigos, todos igual de quietos. Nuestro soldado: la única criatura o cosa que aún conserva el brazo donde debe estar el brazo, y la pierna donde debe estar la pierna, y los dos ojos, y es capaz de moverse, y de vomitar, y de huir de ese cementerio de alambradas, barro y metralla.

O puede que no.

En realidad, qué importa si el soldado es un glorioso vencedor o un cobarde ruin o un superviviente que se arrastra; en cualquier caso, el camino es largo, la nieve lo cubre todo y el soldado vuelve a casa.

El soldado cruza penosamente la montaña. Encogido en su abrigo militar, soporta el empuje brutal del Viento del Norte. Hace tanto frío que diminutas estalactitas han comenzado a germinar entre sus uñas y la carne de sus dedos. A su paso, sobre la nieve, el soldado deja unas huellas levísimas que en

seguida la tempestad, que es golosa, se ocupa de borrar. Allá donde mire, el soldado sólo ve árboles negros. Árboles negros, altos y afilados, que a él se le antojan bayonetas caladas con hambre de enemigo. Para el soldado, las nubes grises tienen el color de una bala de cañón. En ocasiones, dos, tres, cuatro pájaros chillones cruzan el cielo formando la parábola de un navajazo perfecto. El soldado no ha comido nada en todo el día.

A traición, la noche cae sobre el monte, sorprendiendo al soldado. En el cielo pulido a base de frío, cuelga una luna compacta y firme. Bajo su luz ondeante, el soldado prueba a dormirse en una arruga del terraplén. Mantiene la boca contra la tierra húmeda. No se sorprende al descubrir que su sabor es el mismo que el de la tierra de la trinchera.

En cierto momento, a lo lejos, el soldado escucha el aullido de un lobo. Al poco, otro aullido responde al primero. Y, luego, otro más.

«Auuuuuuuuu».

«Auuuuuuuuu».

«Auuuuuuuuu».

Así hacen. Y vuelta a empezar, una y otra vez, una y otra vez. Como si sus aullidos fueran el segundero de la noche.

Contando lobos, el soldado se duerme. Esa noche no sueña. No soñar es algo bueno.

Al día siguiente, el soldado se despierta mucho más tranquilo. El frío de la noche le ha calado tan hondo que se siente más liviano. Es como si el viento le hubiera vaciado las entrañas de tripas y de pulmones, como si en su interior sólo hubiera invierno y hielo y luz de luna llena. El soldado ni siquiera bosteza al despertar, no piensa en rastrear algún animalito que le sirva de desayuno. Simplemente, se sumerge en el bosque con decisión. Su cuerpo molido, enterrado en la nieve hasta las rodillas.

Mientras anda, el soldado deja de sentir los pies.

Mientras anda, deja de sentir las manos.

La garganta.

Los ojos.

La lengua de saliva congelada.

Mientras atraviesa el monte nevado camino a casa, el héroe de guerra, el cobarde desertor, el afortunado superviviente deja de sentir el alma.

Los sentimientos se le congelan uno a uno.

Primero, el miedo, luego, la mezquindad, después, la alegría. Se le llenan de escarcha las bromas que solían hacerle reír, el nombre de su abuela, se le hiela el recuerdo de tardes sentadas sobre un tronco que él mismo cortó, con un cigarro en la mano y su sombra estirada sobre la hierba, satisfecha.

Una vez más, la noche vuelve a caer inesperadamente. Como si el disparo de un obús alcanzara al sol y lo desplomara sin remedio. Tiro al plato con el universo. La luna asoma entonces más inmensa que nunca. Su luz líquida da a la nieve el aspecto de un mar innavegable, un océano de cristal.

Mientras busca refugio, al bordear una gran roca caída, el soldado se encuentra, de pronto, con un grupo de tres lobos.

Los animales están de espaldas a él, inmóviles frente a un risco. No parecen verle. El soldado siente cómo sus piernas se paralizan y sus brazos se agarrotan. Le resulta imposible escapar, moverse. Sólo alcanza a observar hipnotizado a las tres bestias.

Grandes, fieros, como esculpidos en aluminio, los lobos se turnan para hablarle a la luna. El que se dispone a aullar se desmarca del resto dando dos pasos hacia el borde del barranco; levanta el hocico y deshilvana su aullido. Cuando termina, se retira obediente, volviendo a su posición original. En seguida, otro lobo le releva, se adelanta con los dos mismos exactos pasos, eleva a su vez su morro inundado de colmillos y deja salir un «auuuuuuu» de plata líquida. Y vuelta a empezar otra vez.

El soldado, que tiene los sentimientos congelados y ya no siente miedo, se acurruca bajo un saliente de la montaña y los observa. Cinco metros, ésa es la distancia que le separa de los lobos. Imposible apartar la vista de ellos. Sus siluetas brutales recortándose en el filo del despeñadero, los tres en fila, igual que si pasaran revista ante el sargento.

Sin darse cuenta, triplemente acunado, el soldado se queda dormido.

Esa noche, por segunda vez, no sueña. No soñar sigue siendo bueno.

Al día siguiente, el soldado se despierta cubierto de nieve hasta la barbilla. Gruesos copos caen balanceándose con la luz de la mañana. Los lobos ya no están. La nieve ha borrado todo rastro de su presencia: ni huellas ni marcas de zarpazos ni la impronta de un aullido sobre la tierra. Antes de continuar su camino, el soldado contempla desde el vertiginoso risco la llanura blanca que se extiende a sus pies. En el horizonte todavía se distingue

una pequeña columna de humo que señala el lugar del que partió.

Esa tarde, a eso de las cinco y media, el soldado llega finalmente a casa.

Su querida esposa le recibe llorando a moco tendido. Sus dos atentas hijas le abrazan fingiendo reconocerle. Él se deja manosear y besar y achuchar mientras observa con ojos extraviados la que fue, la que es, su casa. Ristras de ajos colgando de las vigas. Platos de cerámica agrietados. Un perro anciano de ojos velados por legañas. Acompañado por su mujer y sus hijas, el soldado se derrumba en un taburete que no recuerda haber visto nunca. La vista se le va a un fuego voluntarioso que se bambolea y exhibe en la chimenea. El soldado arruga la nariz con desconfianza, le cuesta reconocer a esa cosa inquieta y roja, que ciega y enrojece sus mejillas.

Para celebrar que está vivo, y que trae el brazo donde debe estar el brazo, y la pierna donde debe estar la pierna, y los dos ojos, su querida esposa pasa lo que queda de tarde pelando patatas y cebollas para un guiso. Una de sus hijas recoge los ahorros y sale en busca de una gallina, o en su defecto algo de carne que echar a la cazuela. La otra hija, la mayor, lleva de la mano al soldado hasta una tina de agua humeante. Allí le enseña a poner primero un pie y luego el otro. Al principio él se resiste y ella tiene que hablarle suavemente, adormecerle hasta que él termina sumergido, sin saber cómo, en aquel calor insólito. La hija frota con esmero una esponja sobre la espalda del soldado. Tímidamente, mirándole con esos ojos iguales que los suyos, la hija le pregunta si ha matado a muchos hombres.

A las ocho, la familia se congrega alrededor de la mesa. Se dan las manos y bendicen el guiso escaso. Mientras cenan, la mujer aprovecha para ponerle al día. Muchos de sus vecinos han muerto o han huido del pueblo. La Iglesia fue bombardeada. El mulo con el que el soldado solía arar el campo fue tiroteado por unos milicianos aburridos. Una noche, un teniente recién ascendido irrumpió en el portal exigiendo vino; cuando la mujer le comunicó que en aquella casa no tenían tal cosa, ni de hecho ninguna otra, el teniente la emprendió a patadas con la alacena. Así, destrozó concienzudamente la vajilla que durante generaciones la familia del soldado había conservado. También se enzarzó con el granero. Rompió la caja de gusanos de seda que a él tanto le gustaba mimar. Se llevaron varias herramientas y un chaleco rojo que al soldado le sentaba especialmente bien. Cuando termina de hablar, la mujer se encoge de hombros. Por un momento, incluso prueba a sonreír.

Tras la cena, sus dos atentas hijas se van a dormir. La querida esposa lleva al soldado hasta su antigua habitación, allí se desnuda primero y, luego, le desnuda a él, sin prisas, sin palabras. Respiración lenta y profunda. La mujer le besa el pecho y los huesos de las costillas. Lame el pene del soldado con esmero. Luego, monta sobre él. Mientras la mujer salta, al soldado se le va la vista al techo de la habitación. Ese techo macizo, tan recto y tan útil, que impide a la nieve caer haciendo zigzag y deja fuera al Viento del Norte y a la luna gigantesca.

Al terminar, la mujer se extiende junto al soldado y apoya la cabeza en su pecho seco.

—¿No tienes frío? —le pregunta mientras se cubre con un edredón inundado de picores.

La mujer se duerme. El soldado no.

Pasada una hora o dos, el soldado se levanta. Ni siquiera se echa una manta por encima. Desnudo y flaco como está, cruza la casa y sale al porche. Allá fuera, la nieve se extiende difuminada y fantasmal sobre el valle y las montañas. La luna no se ve. Jirones de nubes de distintas tonalidades, que van del azul al violeta, empapan la cúpula inmensa que es el cielo. Hace tanto frío que el propio aire tintinea. El soldado lo observa todo durante unos cinco, diez minutos. A sus espaldas, el viento obliga a la puerta abierta a chirriar sobre sus goznes. Es el único sonido que el soldado percibe. Aunque lo intenta, no logra ubicar por ninguna parte los aullidos cronometrados de los tres lobos.

Finalmente, el soldado da un paso. Luego, otro. Después, uno más.

Abandona el porche y se zambulle en la noche.

A medida que se aleja, su cuerpo desmañado y flaco va confundiéndose, poco a poco, con el blanco de la nieve.